



HOTEL HILLOVER

CLAUDIO HERNÁNDEZ

HOTEL HILLOVER

Claudio Hernández

Primera edición eBook: mayo, 2021.

Título: HOTEL HILLOVER

© 2021 Claudio Hernández
© 2021 Diseño de cubierta: Higinia María

SafeCreative
Código de registro: 2012016105660



Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¿Cuántos libros llevo escritos ya? ¿Y a quién se lo dedico? Este libro se lo dedico, como siempre, a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Incluso a mí me da miedo... También se lo dedico a mi familia y especialmente a mi padre; Ángel... Ayúdame en este pantanoso terreno...

HOTEL HILLOVER

1

El Hotel Hillover era uno de los hoteles más lujosos de toda la ciudad, o para ser más exactos, de todo el estado de Maine, y podría ser uno de los habituales de Colorado: allí también existen hoteles especiales. Construido por primera vez en el siglo XIX—ya que fue reconstruido tres veces—, el hotel era ahora uno de los más populares entre los turistas que la habitaban con sus estúpidas sonrisas en contraste con el comienzo frío que tuvo hace más de cien años.

Myer trató de no parecer aburrido mientras repetía esto a los nuevos invitados que acababan de llegar. Él acababa de ordenar a viva voz, que se enviaran sus equipajes al piso de arriba y ahora los acompañó a las habitaciones que habían reservado de antemano. Esas pequeñas joyas que empezaban por el primer piso hasta acabar en el cuarto. Myer tenía poco más de treinta años. Era alto, de piel bronceada y clara, barba incipiente, ojos verdes y cabello castaño claro que se peinaba cuidadosamente con cera antes de salir a cualquier parte. Llevaba una camisa blanca debajo de su traje negro y se enfundaba en esa chaqueta susodicha, con una pajarita a juego alrededor de su cuello que no era precisamente una estola.

Los huéspedes que se quedaron en el hotel, en adelante sencillamente hotel a secas; no eran personas comunes o se debería decir: normales. El hotel era muy exclusivo y solo tenían acceso a su caché aquellas personas adineradas de todo el país o de los diferentes estados que bordeaban Maine. Estos personajes residían durante largas temporadas, excepto en invierno, en este hotel, mientras estaban en Arkansas, Nueva York o Washington a través de la magia de los teléfonos móviles con su cobertura 5G. Todo el mundo sabía qué puñetas era. Sí, todo el mundo. Las personas con una cartera en el bolsillo, de las que se consideraban normales, no podrían pagar las facturas de un hotel como éste, aunque también conocían ese jodido 5G.

Myer había estado trabajando en el hotel durante los últimos seis años y su vida había cambiado drásticamente desde el día uno: todo empezó con una entrevista de lo más enrevesada y extraña que uno podía imaginar. A veces la recordaba y otras, sufría de amnesia. Eso era bueno.

Todos los invitados que ahora se arremolinaban cerca de él eran de familias adineradas y siempre le dejaban generosas propinas que al final acababa en su

estómago en forma de alcohol. Además de eso, el dueño del hotel, un tipo que siempre hablaba en la penumbra de su despacho, le pagaba un buen salario—unos treinta mil al año— porque trabajar como conserje era un trabajo importante.

Claro que lo era.

Responsabilidad pensaba. Demasiado tiempo de dedicación al completo para que el corazón del monstruo que pugnaba de la montaña siguiera latiendo con naturalidad.

Después de subir las escaleras que no resonaban a su taconeo cruzó los pasillos y mostró el largo camino a los nuevos huéspedes que derivaban hacia sus respectivas habitaciones. Su mano extendida bajo una incipiente sonrisa que lo hacía parecer un payaso de feria, los guiaba.

—Debes estar cansado después de este y jodido largo viaje —dijo Myer al aire, porque nadie giró la cabeza sobre sus rodillos de carne—. Puedo recomendarte los mejores espaguetis de la ciudad, una vez que hayas descansado. ¿Supongo que querrás cenar más tarde? —Y esa persona no era nadie porque todavía no le escuchaban.

Después del chasco inevitable, acompañó a los invitados a sus habitaciones, que estaban bien iluminadas, eran acogedoras y muy exuberantes con un papel tapiz dorado clásico que emitía vibraciones muy vintage: que fino ha quedado eso. Todas las habitaciones tenían muebles de roble oscuro, elegantes camas con dosel y chimeneas decorativas en un extremo como un ojo avizor. Estaban estratégicamente colocadas y discretas para evitar el riesgo de un posible incendio.

«Ohh, la, la... Esto se calienta demasiado, ya te dije que no te dejaras las bragas sobre la repisa de la chimenea, mira ahora, es una antorcha y nos vamos a quemar como pollos asados... Oh, sí, la, la...»

Los pisos de las habitaciones estaban alfombrados. Los pasillos exteriores estaban también, bien iluminados, con una serie de luces alineadas en las paredes que parecían las del metro de Nueva York. Mientras se ocupaba de los clientes y terminaba con ellos casi atragantándose al comer una docena de hamburguesas, ahora, bajó las escaleras como solía hacer cuando terminaba el trabajo durante un día sí, y otro también. Y así hasta la saciedad y el aburrimiento. Y es que algunas veces pensaba que, un hombre normal se habría ido a casa con su esposa e hijos después de un largo día de trabajo, porque ese es el único lugar del mundo donde encontraría consuelo, pero no, Myer tenía que joderse. Para él, su salvación estaba, bueno, oh, sí, lo encontraría en el buen vino...

Y en esas tupidas noches se reencontraba con un par de amigos siempre sonrientes con unas dentaduras que destellaban como focos. Simples asistentes del puñetero

hotel, que eran a su vez, sus compañeros de bebida. Bebían todo cuanto sus estómagos aguantaban. Y la cabeza empezaba a sentirse sedosa y a escuchar como un zumbido. Él y sus amigos, bebían mucho, juntos, todas las malditas noches para ahogar sus penas después de todo. Aunque era un perfecto borracho, Myer tuvo el cuidado de no beber cuando estaba de servicio. Toda una odisea. Si lo hubiera hecho, no se habría tolerado y lo habrían despedido del trabajo al día siguiente. Bueno, que pedante sonaba todo esto y que tan sencillo era. Sin preámbulos ni metáforas de por medio.

—Hola, Paul —dijo Myer moviendo la cabeza y los ojos cuando añadió—. Y Will, ¿qué tal? —Asintió con la cabeza con premura mientras sacaban botellas en un atroz tintineo. Estaban en el sótano, donde Myer mantenía la caldera. Tenía la experiencia necesaria para que el maldito dragón—como lo llamaba él —funcionase a la perfección y bajase de presión cuando se hinchaba como un globo. Tantos fueros las ocasiones que esto sucedió, que nadie más se atrevía a acercarse a la caldera.

—Bien jodido, jefe. Como siempre —sonrió Will.

En los cinco minutos siguientes, llenaron sus vasos y bebieron haciendo estragos como unas alcantarillas en medio de una tormenta de otoño. Después de acabarse la primera ronda, Myer llenó los vasos de nuevo y bebieron hasta que se sintieron ligeramente mareados y por otra parte; complacientes. Esto les arrancaba sonrisas de idiotas y gastaba bromas aburridas.

—¿Tu mujer se conforma con que estés hasta bien entrada la noche con nosotros? —preguntó Paul. Sus ojos parecían inyectados en sangre y los pómulos ardiendo.

—No lo sé. En cualquier caso ¿quién le pregunta eso? —Myer se rió entre dientes mientras los apretaba con fuerza.

Ambos compañeros de pesas con los vasos eran solteros.

—Al menos, tienes una mujer para calentar tu cama —se rió Will. Una risa trastocada por la absurda idea de haber contado un chiste gracioso.

—Chico, comprenderás el dolor y la desesperación que se siente una vez que estés casado con una mujer de armas tomar —dijo Myer mientras se ponía de pie. Al hacerlo se dio cuenta, como en todas las ocasiones, que perdía el equilibrio.

—¡Vaya! ¡Me estás alegrando la noche! —exclamó Paul mientras lo agarraba del brazo para evitar que se cayera—¿Estás bien?

—Sí, viviré un poco más. —Definitivamente Myer había bebido demasiada esa noche. No estaba seguro de poder subir las escaleras ahora. Al final del día o después de una jornada de trabajo duro, y como ya no había nadie en los pasillos y las escaleras del hotel, Myer subió las escaleras tambaleándose pensando en que ya no esperaba más invitados. Claro que no. Eran los últimos de la temporada. Las escaleras estaban al

fondo de la habitación, tras pasar por debajo de un marco sin puerta que se desgañitara abriéndose. Y a decir verdad, ya era bastante tarde, más allá de la medianoche. Su taconeo rebotó en las paredes y se guió por ellas hasta llegar al primer piso. Myer siempre había pensado que más que un primer piso, aquello era la azotea del hotel, por las corrientes de aire que cruzaban los pasillos. En realidad, ese piso también se le podía llamar la antesala del infierno, porque había sido construida horadando la montaña rocosa, un bello paraje que ahora estaba en el limbo. En los costados del pasillo había varias habitaciones pequeñas. Mucho más recogidas que las de las plantas superiores.

Entró por la puerta de la habitación que le había sido asignada, es decir, la suya, y con un ronroneo de la puerta se dejó caer literalmente al vacío de la entrada de su hogar. Una habitación en la que compartía el retrete, la cama, la cocina y la mujer, ah, y la puñetera máquina de escribir.

A lo lejos se escuchaba el tintineo del cristal de los vasos de sus compañeros. Un sonido que viajaba por todos los rincones de aquel jodido y hermoso hotel tan rojo como el ojo abyecto del propio demonio.

Él había entrado casi sigilosamente porque su esposa nunca se molestó en cerrar la puerta ya que la consideraba segura, es decir, un lugar seguro. Eso, provenía de la creencia de que como los huéspedes del hotel eran personas ricas e importantes, habían empleado fuertes medidas de seguridad para protegerlos.

O eso creía creer.

—Llegas tarde —dijo su esposa Berta con los ojos muy abiertos. Berta era la abreviatura de Roberta, por supuesto, pero todos la llamaban por su apodo.

Myer se limitó a gruñir en respuesta mientras entraba tambaleándose. Parecía que aquella entrada sería apoteósica por el tiempo que duraba. Su esposa ya estaba acostumbrada a él, y por esa misma razón ya sabía que siempre volvía a casa, borracho, bueno, al escondrijo que le habían facilitado para vivir largas temporadas.

Después de entra. Esta vez sí. Tras pasar el umbral de la chamba y caminar un rato casi eterno, se sentó en su sillón en la sala de estar, junto a la chimenea. Por supuesto, no estaba encendida, pero su esposa había puesto numerosas velas adentro, es decir, en el hueco, y las encendió, y aunque no chorreaban calor, si iluminaban la habitación con cierta vivacidad no sin dejar de lado las lánguidas formas amarillentas en las paredes.

Su hija menor, que tenía cinco años, estaba frente a él, en el suelo, dibujando algo en un papel con su rotulador rojo.

—¿Qué estás haciendo? —atinó a preguntar Myer, y ella le mostró la hoja de papel en la que había dibujado el alfabeto en orden. Los leyó con gran dificultad porque ahora su

visión se estaba nublando a la vez que la luz de las velas se difuminaba. La luz de la bombilla era sombría.

Él estaba sorprendido. Aún estando borracho, podía tener esa impresión y recordaba que hasta el momento no la había enviado a la escuela. Algo peor que torcerle el meñique, pero así era.

—Christie, ¿quién te enseñó el alfabeto? —preguntó.

—Milly —respondió ella con voz de pito. Ese era el nombre que la que solía llamar a su hermana mayor, Emily.

Myer le quitó la página literalmente de la mano, casi arrancándola como las garras de un lobo y la rompió en cuatro pedazos que volaron laxos hacia el suelo.

—Todo esto es una tontería. No tiene sentido aprenderlo. ¿Entiendes? —Ahora los ojos de Myer estaban abyectos en una pintura roja, que era probablemente, sangre.

Gritó el nombre de su hija mayor a viva voz y ella entró corriendo a la habitación con los pies descalzos. Estaba en la habitación contigua. De hecho, esa ratonera tenía forma de apartamento y era bien distinta a las demás habitaciones de hospedaje.

—¿Qué es esto? ¿Le has enseñado a escribir? ¿Qué lograrás con esto? Mírame a mí. Mi padre me obligó a estudiar durante años, pero dejé la escuela. Dijo que no tendría éxito si no recibía la educación necesaria, y sin embargo se equivocó porque ahora estoy de conserje de este lujoso hotel. ¡Mírame ahora! ¡Mejor, enséñale a realizar las tareas del hogar a esta niña inútil! —Terminó su largo discurso como una perorata barata. Su aliento apestaba en un ambiente empalagoso.

El escritor fracasado siempre había sido duro con su hija y siempre había querido un hijo en lugar de ésta. Eso era el rosario de cada noche. Sin embargo, Berta ya se había dado cuenta de que no lo habría tratado de manera diferente dado su alcoholismo. Incluso habían dejado de intentarlo, o más bien, Myer había perdido su interés sexual por ella para crear a un niño.

Además, él no era un marido leal; Berta lo sabía desde hacía mucho tiempo porque lo había sorprendido durmiendo con la criada del servicio de habitaciones hacía un par de años, y de eso, todavía podía sobar el apestoso perfume de ella y recordar aquellos pezones erectos.

Lejos de la ira y la separación, ella le tenía miedo, pánico y terror, porque su marido era un ser despiadado y no podía hacerle la contra en nada. Ni siquiera recordarle su pasado o cuestionarle algo. Así de duro era su matrimonio. Una mierda.

—¡Berta! —ladró él con la boca desencajada. Sus dientes eran temiblemente blancuzcos. La cogió del brazo con fuerza y apretó sus largos dedos. Ella se quejó de forma sutil. Contuvo la respiración a pesar de todo y sus ojos se tornaron dentro de sus

cuencas como si quisieran salir rodando de ahí dentro. Acercó su apestosa cara a la de ella y añadió:

—¡Cuántas veces te he dicho que enseñes a estas sinvergüenzas a realizar algunas tareas del hogar! ¡En lugar de eso, las animas a leer y a escribir!

Del suelo, como el polvo que se eleva como una nube de vapor se elevó un silencio ominoso, pero fue destrozado por la voz de ella, ahora casi tan grave como la de él.

—Un poco de educación no podría hacerles daño —dijo con solemnidad, pero Myer se puso de pie ya que estaba doblegado como un árbol viejo y le mostró el puño.

—¡No te atrevas a responderme! ¡Sabes que eso no te sirve para nada perra! —gritó en una macabra danza de palabras obscenas y violentas. Se enderezó hasta rozar su nariz y abrió el puño.

La bofetada se escuchó hasta la planta cuatro.

La fuerza del impacto le dejó una marca abrasadora en su mejilla de largos dedos y sostuvo su palma contra ella, aumentando más si cabe, su dolor. Los ojos de su mujer reflejaban el intenso dolor y el hormigueo tangente, pero Myer estaba demasiado borracho como para ver eso en ella. Incluso si no estuviera borracho, lo habría ignorado como el cruel hombre que era. Un hombre egocéntrico y sin corazón.

Un fracasado.

—¿De qué me serviría responderte? —Berta se enfrentó a él con su fuerza femenina y la rabia a flor de piel

—Haz lo que te digo —insistió él maquillado como un payaso de feria por las arrugas que surgieron de repente en todo su rostro desdibujado—. YO SOY EL QUE GANA EL PAN DE ESTA FAMILIA —ladró con voz casi gutural y acentuando esta frase casi como si la enmarcara en un cuadro. Su mano seguía agarrada en el brazo de ella. La empujó con rudeza contra la pared—. Si no fuera por mí, te morirías de hambre. Y tus hijas también. Así que tenlo en cuenta a partir de ahora antes de empezar a responderme.

Sus hijas lo miraron con ojos desorbitados y la boca desfigurada a pesar de estar acostumbradas a estos episodios que no iban a más. Pero siempre se asustaban cuando su padre llegaba borracho a casa y se ponía furioso. Era como tener un perro con rabia en casa. Nunca sabías si te mordería o no con aquellos colmillos babeantes.

—Está bien —dijo ella cabeceando con debilidad y dolor.

—Si están familiarizadas con las tareas del hogar, existe una alta probabilidad de que el jefe de este gran hotel las contrate para el servicio de habitaciones —dijo Myer—. Hago lo que hago porque siempre pienso por la familia.

Entonces su mano dejó de oprimirla y se dirigió tambaleándose, como no, hacia al dormitorio. Su corto trayecto consistía en atravesar un área pequeña que usaban como

sala de estar y dos cuartos pequeños que utilizaban como dormitorios. Solo había un baño. También había una pequeña cocina al lado de la sala de estar. Pero sin lugar a dudas, todo ello, era tan pequeño que solo se colocaron unas pocas alfombras y una estufa. Las particiones estaban hechas de un dedo de espesor, quizá solo de madera, y estaban tan juntas que si lo hubieran intentado, habrían podido escuchar los ronquidos de toda la familia, y porque no, las conversaciones de las habitaciones o suites colindantes de la planta 1. Se dejó caer al vacío y sonó un plaf sobre las sábanas. Tenía los brazos abiertos y la cara toda enrojecida. Se durmió en el mismo instante en el que su cara se hundió en la cama, exhausta, hundiéndose en un sueño antes de darse cuenta.

O peor aún, en una pesadilla.

Ellas lo miraron con lástima.

2

A la mañana siguiente, cuando Myer se despertó, se alegró de encontrar flotando en el aire el aroma del tocino frito. En parte, aquello y el alcohol, parecían las únicas cosas que le alegraban la vida. Pero abusar de su esposa siempre la empujaba a ésta a incrementar sus esfuerzos por complacerlo. Se arrastró a la sala de estar en dos pasos y vio con sorpresa que su hija mayor estaba quitando el polvo de los muebles. Él asintió con la cabeza en señal de aprobación y esperó a que su desayuno estuviera listo, lo cual no tomó mucho tiempo inmerso de un complaciente silencio en el pequeño hábitat.

De pronto, recordó algo: se suponía que una estrella reconocida mundialmente llegaría al hotel ese día, por lo que Myer se apresuró a comer sus dos huevos estrellados con beicon, un vaso de zumo de naranja y unas tostadas de manteca de cacao. Casi se ahoga ante la espalda de su hija mayor, pero la atenta mirada de Berta, que sonreía como una cría.

El hombre que llegaba al hotel, el nuevo huésped, era una artista de renombre y estaba en la ciudad de Boston para actuar en un teatro de ópera en la noche siguiente. Mientras Myer se limpiaba los restos de cacao de sus labios secos, el artista se había demorado tanto, que podría haberse comido un buey con total tranquilidad. Él tipo llegó al hotel a mediodía y no vino solo. Un ejército de servidumbre lo acompañaba con todo tipo de maletas, unas más pasadas que otras, y a ambos lados de su esquelético cuerpo, caminaban casi pegados dos hombres de estatura alta que se ocuparían únicamente de él y sus necesidades para que no tuviera ningún problema en el hospedaje confortable. Además de la estrella de la ópera, también llegaban otros invitados no menos

interesantes para el conserje, por lo que Myer estaba hasta arriba de adrenalina para afrontar un día largo y copioso.

Su mano extendida con los dedos largos y huesudos acarició el lado de cristal de la única ventana de su estancia, por la parte interior cuando vio algo que se le antojó; interesante.

Del coche bajó una bella mujer nunca antes vista.

Tras recibirla con premura, con reverencia incluida se dijo a sí mismo: oh, Myer, hoy es tu día de suerte.

—¿Cómo ha sido el viaje? —preguntó con su estúpida sonrisa a lo cual ella no contestó—. Estará cansada. Espere un poco que la guio a su habitación.

El caso es que después de un leve instante tenía ante sí a una mujer que debía llevar a su suite. Según tenía entendido, esa mujer pomposa era hija de un duque y, por lo tanto, era una gran responsabilidad para él. Pero ella no estaba sola. Su asistente y otra mujer, la acompañaron siguiendo a Myer que parecía temblar como un diablo. Sus tacones caros resonaron en el suelo de mármol y el sonido respondió en el pasillo; tanto en el suelo como en las paredes como si éstas hablaran. Entre todos, la llevaron a su habitación, donde se instaló finalmente en medio de un silencio total y casi absurdo. Ella se hospedaba en el cuarto piso, que contenía las suites más lujosas del hotel y que siempre estarían reservadas por las personas más pijas de este mundo, según Myer: personalidades importantes.

Cuando Myer dijo:

—Que tenga una agradable estancia, señora —y dejó balancearse la puerta mientras se cerraba como empujada por un soplo de aire. El golpe fue seco y ahí, las paredes no respondieron. Entonces se volvió y, mientras lo hacía, vio algo por el rabillo del ojo.

Una silueta que se movía en una densa niebla.

Pero fue al final del pasillo cuando la vio perfectamente, algo extrañado al principio. Controlado después.

Era una mujer excepcionalmente hermosa. Sus cabellos dorados estaban rizados y atados en un peinado suelto detrás de su cabeza. Llevaba un vestido blanco estampado que le sentaba muy bien, la verdad. Estaba frente a una puerta, pero luego se volvió y miró a Myer. Él estaba paralizado por su mirada.

Sus labios eran carnosos y rosados, sus pestañas oscuras y largas. Ella le sonrió con la sonrisa más encantadora del mundo. No fue amigable, fue coqueta, e inmediatamente después, ella entró en esa habitación.

Myer parpadeó como si acabara de romper un hechizo. Miró la habitación y se preguntó cuándo había llegado, quién era. Si ella estaba aquí en esta planta en el lado

Este, era seguro que era una persona muy importante. Sin embargo, no recordaba su llegada. Quizás alguien más la había acompañado.

¡Casi lo había olvidado! Se suponía que Myer regresaría a la planta baja inmediatamente después de haber escoltado a la hija del duque. Se apresuró a bajar las escaleras, casi tropezando dos veces en el camino.

Ya no comprendía nada, pero tampoco le importaba.

El día transcurrió como cualquier otro día, con Myer a cargo de la caldera, el ascensor y los invitados. También planificó la visita completa de algunos invitados más, eso sí, menos importantes, por lo que fue un día bastante agotador. Pero lo que era diferente en ese día, era que no podía apagar los pensamientos de esa mujer de su cabeza. ¿Por qué le había sonreído a un simple conserje? Él no lo sabía. Cuando terminó con su trabajo, volvió a beber con Paul y Will. En su estado de ebriedad, expresó sus pensamientos sobre la mujer y cómo ella le había sonreído. Paul y Will dijeron que ella debió de sonreírle por cortesía, pero Myer no estaba convencido de ello.

—Muchachos, si hay algo que sé después de todos estos años de experiencia con las mujeres, es lo que significa una sonrisa —dijo—. Y esa no fue una sonrisa amable. Sencilla. Escondía algo más en esos labios. Me pareció que me estaba nombrando con deseos de poseerme, como algo lujurioso.

Paul y Will se miraron honestamente incrédulos.

—Myer, recuerda que estamos bebiendo —acució Paul con una bronceada sonrisa por un diente de oro.

Myer lo miró con desagrado y eructó.

Más tarde, cuando la noche en compañía de sus “hermanos de la alegría” había acabado; subió las escaleras en estado de plena ebriedad para terminar la noche con algo que había estado rumiando hasta el hastío.

Se detuvo en el cuarto piso.

No sabía a ciencia cierta lo que le había sobrevenido a la mente en esa noche, bajo unos techos blancos, lejos de la oscuridad de la noche y la mezquindad de la luna. Ahora, Myer caminó por el pasillo, hacia la habitación. Al final de todo, donde la había visto. A medida que se acercaba, pudo distinguir una figura parada allí. Al principio se le dibujó una forma errática y borrosa, pero fue aclarándose a cada paso que daba. Llegó hasta la antesala de la supuesta figura, y sí, era ella. La puerta de la habitación estaba abierta y ella le había estado esperando fuera. Él estaba encantado de poner sus ojos de nuevo en la hermosa rubia una vez más. Su risa marcaba el ritmo de su corazón que latía desaforadamente.

La mujer de cabello bronceado se volvió hacia él, como si supiera que venía, y sonrió

una vez más. Con una mano laxa en la cadera, levantó la otra y le indicó que se acercara con el índice retorciéndose hacia sus labios. Todo lo que sucedía ahora era como un escalofrío en el cuerpo de Myer quien suspiraba con el deseo. Se acercó a ella sin pensárselo dos veces. Su lujuria por la mujer estaba controlando su cuerpo, obligándolo a moverse. Ella era tan irresistible. Él era un payaso que se movía por hilos invisibles. Ella sonrió con complicidad y desapareció dentro de la habitación.

Estaba cerca.

Tan cerca.

Myer la siguió como quien sigue el olor de una fragancia irresistible, por curiosidad. Había un dulce aroma en el aire que lo hacía empalagoso a su vez, pero le gustaba. Era un tufo hermoso. Quizás fue su perfume. Él se asomó como un loco apoyándose en la jamba de la puerta. Sus dedos abiertos como las de una rana. La habitación estaba iluminada por la tenue luz de las velas que miraban a todas direcciones en silencio, movidas aquellas llamas con un simple beso.

Ahora, la mujer estaba de pie, ante la ventana. Tan pronto como entró en el interior avanzando un paso, ella se volvió hacia él y se acercó.

Se movía como un rayo en el cielo.

Se quitó el vestido sin pronunciar una sola palabra, y Myer quedó asombrado por la belleza de esta diosa. Su físico era el epítome de la perfección, sus curvas idénticas a las que él solo había visto en estatuas romanas. ¿Podría existir tal belleza?

Y ella lo deseaba. El deseo de Myer estaba burbujeando dentro de él. Dio un paso adelante con su vestido desnudo de perfección y ahora estaba de pie a centímetros de él. Parecía un ángel cuando la luz de las velas iluminaba sus cabellos dorados y proyectaba sombras alrededor de sus atractivos rasgos y curvas. Se veía tan de otro mundo que Myer tenía miedo de tocarla, pensando que si la tocaba, desaparecería como un sueño.

Avanzó hacia él y lo agarró por la cara con ambas manos, presionando sus labios contra los de él en un beso lujurioso y prolongado. Mientras sus labios se movían sobre los de él, su lengua se sumergió dentro de la de él, explorando la cueva de su boca. Rompiendo el beso, lo empujó bruscamente hacia la cama con dosel de cuatro postes. Él se dejó caer de espaldas y ella comenzó a despojarlo de su ropa. Myer todavía estaba asombrado por los eventos que estaban teniendo lugar cuando ella se sentó a horcajadas sobre él. Él gimió de placer cuando ella movió su cuerpo contra él con movimientos rápidos. Se movía como una mujer hambrienta de gratificación sexual durante años y años.

Se aferró a sus caderas mientras guiaba su cuerpo de un lado a otro. El placer fue

abrumador, y toda la habitación resonó con los gruñidos de Myer y los golpes cuando sus cuerpos se encontraron a la vez. Envolvió a la mujer en sus brazos y luego la volteó, ocupando su lugar en la parte superior mientras entraba y salía de su feminidad. Sacudió la cabeza de un lado a otro, indicando que estaba obteniendo mucho placer, un placer que no había tenido en mucho tiempo. Ella enganchó sus largas y bien formadas piernas alrededor de su cintura, deseando que se enterrara más profundamente dentro de ella, y él cumplió su deseo, empujando más profundo, más fuerte, más rápido.

Sus manos recogieron las suaves sábanas a sus costados en nudos, y pareció que todo su cuerpo se puso rosado, y los pezones de sus pechos parecían tan duros como si fueran piedras diminutas. No pudo resistirse a ellos. Los lamió con la lengua y ella arqueó la espalda. Sus pechos estaban teñidos de rojo. Y mientras la impulsaba con su virilidad, la sintió estremecerse violentamente de placer involuntario, con sus piernas temblando.

La longitud y el nivel de su excitación fueron brutales, y le dio golpes duros y completos, tan fuertes que el movimiento sacudió todo su cuerpo, haciendo que sus pechos firmes y redondos rebotaran como globos. Eyaculó como nunca antes lo había hecho y sintió como su miembro viril palpitaba como un corazón desbocado, pero tan duro como un palo clavado en un gallinero. Y la llenó de su semilla con olor a lejía. Cuando terminó, el único sonido en la habitación era el latido de sus corazones y su respiración entrecortada. Él la miró; su cabello era un desastre. Deslavazado, pero hermoso.

Myer se acostó en la cama a su lado. Volvió la cabeza lo suficiente para mirarla y murmuró:

—¿Quién eres tú?

Una expresión extraña apareció en el rostro de ella y miró hacia arriba; sus ojos se fijaron en el techo. No movió la mirada, sino que levantó la mano y se la acercó a la boca. Se llevó un dedo a los labios y susurró un suave

—Shhhh.

Quizás eso significaba que —nadie debe saberlo—, y de hecho Myer no lo sabía en realidad. Era como si nunca hubiera sucedido. Se sentía somnoliento y agotado por la influencia del vino fuerte y el sexo intenso. Pensó que debería irse pronto antes de que alguien los descubriera juntos en la cama. O su esposa enviaría a alguien a buscarlo. Pensando en esto, se puso de pie y comenzó a vestirse. Cuando terminó, la miró. Ella todavía estaba paralizada en la cama, sobre unas sábanas casi desgarradas.

—Creo que volveré a verte —dijo Myer, rascándose la nuca con cierto nerviosismo. Ella no respondió, así que él añadió—. Adiós — y salió por la puerta sin temblar ahora.

Antes de cerrarla, la miró una vez más. Ella yacía en la cama laxa como una estatua, sin moverse, sin parpadear, en absoluto.

Nada.

3

Myer subió las escaleras despacio, pero se producía un extraño ruido en sus talones; tac, tac, tac. La puerta de su habitación-casa estaba cerrada, lo que le molestaba sobremanera porque Berta rara vez la cerraba, así que se preguntó ¿por qué debería haberlo hecho esta noche?

Golpeó la puerta con la palma de la mano derecha y después de un estrepitoso escándalo, que fueron unos momentos interminables, ella la abrió. Berta estaba mostrándole una cara de caballo, alargada y con una mirada clavada en su rostro. Myer entró con la cabeza cabizbaja sin mediar palabra. Ella le siguió mirando, esta vez, de soslayo y sus labios se arrugaron. Él no se dio cuenta de ello.

—¿Por qué estaba cerrada la puerta? —preguntó Myer. Sus dientes parecían rechinar en medio de una noche en la que reinaba el silencio más ominoso del mundo.

—Es la una de la mañana —dijo ella mientras se tocaba la muñeca derecha, lugar donde ya no estaba el reloj de manillas oscuras. Su mirada clavada con profundidad le hizo entender que era demasiado tarde y que estaba enfadada.

—Vaya, no me había dado cuenta. Ya sabes, los amigos, la caldera... —y se cayó de inmediato porque dedujo que no debía darle más explicaciones.

Ella bajó la mirada y se sintió tentada a preguntarle dónde demonios había estado, pero no lo hizo. No quería arriesgarse. Sin embargo, la intuición de ella le dijo algo: el olor a lejía.

Myer se dio la vuelta una vez que pasó por su lado y fue al dormitorio—una zancada o dos como mucho—, sin decir nada más.

Cuando el sol apareció rojizo y bronceo después, desde detrás de las montañas, Myer se despertó casi de un sobresalto, y aunque el sol no entraba por la tupida ventana, si supo que el amanecer había llegado. Se incorporó como un muelle sobre la cama, y casi inmediatamente recordó todos los detalles eróticos —íntimos— de la noche anterior y se inquietó por ello. No podía esperar a volver a verla, se había convertido en su diosa y su pecado.

Con su miembro viril como un trozo de hierro, se deslizó bajo las sábanas mientras se desperezaba y pensaba en ella una y otra vez. Se vistió para ir al trabajo y se dirigió a la sala de estar—una zancada—, donde su esposa había preparado su desayuno y lo

había dejado en la mesita.

—¿Y mi desayuno? —inquirió al aire. Se volvió y lo vio. Tuvo que retroceder, siempre en silencio a pesar de que las paredes eran casi transparentes.

Desayunó distraídamente, sin saber que Berta lo estaba observando de cerca. Tan cerca como asomar sus ojos por el costado de la pared que separaba ambas cochambrosas salas. Y Berta no dejó de notar lo absorto que estaba su esposo en sus pensamientos de buena mañana, en la que había olvidado soltar un impropio hacia ella en forma de voz grave y áspera.

Myer se terminó rápidamente su desayuno y se dirigió al trabajo pasando al lado de su mujer, la cual se apartó apretándose contra la pared con las palmas de las manos como ventosas. Pasó por debajo de la puerta abierta sin mediar palabra y se fue directamente hacia el ascensor, que ascendió hasta la planta baja. En aquel lugar se proyectaba al fondo como no; la recepción de clientes. Se detuvo delante de una mujer que se ocultaba tras unas gruesas gafas y la pantalla de un ordenador.

La conocía muy bien y sabía que podía confiar en ella.

—Hola, Caroline, ¿cómo estás hoy? —saludó. Su mano era grande y alargada.

—Estoy bien señor Myer. ¿Y tú, cómo estás hoy? —preguntó Caroline. Era una mujer menuda de poco más de treinta años, morena y con los dientes más brillantes que el propio sol de esa mañana—. Ha pasado algún tiempo desde la última vez que volaste hacia mi nido.

—Bueno, ya sabes... trabajo —se excusó, quería decir, mierda,—. Todos tenemos nuestra propia rutina aquí. Y todos estamos en el mismo hotel ¿no es así ahora?

Myer se sintió como un idiota al escuchar eso. Que tontería, sin embargo, charlaron un buen rato hasta que a Myer le surgió la verdadera pregunta que había estado en su mente toda la mañana.

—¿Puedes hacerme un favor y comprobar algo por mí? —preguntó.

—Sí, claro. ¿Qué es? —Caroline hizo brillar sus ojos.

—¿Puedes decirme quién se ha hospedado en la habitación 430? No recuerdo haberlos acompañado hacia esa suite —dijo Myer sabiendo que allí solo había una mujer. Su diosa.

—Sí, claro. Espera. Déjame comprobarlo por ti —acució ella y se volvió hacia la pantalla mientras pulsó algo en el teclado—. La habitación aún está vacía. Nadie la está ocupando todavía.

Myer sintió que de repente perdía la gravedad y flotaba sobre una montaña de hormigas.

Esa sensación fue realmente extraña como todo lo que recordaba dentro de su

cabeza que pugnaba como una larva a punto de despertar. Myer estaba seguro de que había recordado correctamente el número de la habitación porque la había visto al salir.

—Esa es la habitación que está al final del cuarto piso, ¿verdad? — le preguntó a Caroline con ojos casi blancuzcos.

—¿Qué le sucede a esa habitación? —preguntó una voz, de repente, detrás de ellos. Myer se volvió. Era Rebecca, una empleada del servicio de habitaciones.

—Uhm, quería saber si la ocupa alguien o no. Y si es así, ¿quién? —preguntó Myer, esperando recibir una respuesta más optimista, es decir, esperaba saber algo más.

—Allí no hay nadie, Myer. ¿No lo sabes? —ladró Rebecca.

—¿Que no lo sé? —Myer se encontró en medio de un entredicho. La cara de tonto era visible a cientos de metros. Ahora estaba sumamente desconcertado.

—Oh, debía suponerlo. A veces se te sube el santo al cielo. Y eso que ambos empezamos a trabajar aquí después de ese incidente. No me sorprende que no lo sepas, después de esas fiestas tuyas —explicó Rebecca. Su curiosidad se avivó como la llama que prende al bosque entero.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Caroline y añadió—. Cuéntanos lo que sepas, ya que el señor Myer parece no recordar nada.

—Nadie reserva esa suite —dijo Rebecca—. ¡Porque una mujer fue asesinada allí hace siete años!

Él gritó acarició el techo.

Ambos se sorprendieron, Myer y Caroline. Se miraron clavándose las miradas y arrugando sus ceños. Les resultaba bastante desconcertante el no haber oído hablar de ello. Nunca habían oído ese suceso. Tampoco tenían claro, que realmente una cosa así, sucediera en el hotel antes de la llegada de ellos.

—El asunto quedó en silencio, es decir, nadie habló nada y ni la prensa se hizo eco de ello —les informó Rebecca con cara de sabionda—. Y aún así, se habla de que después de todo, se necesitaron muchos esfuerzos para recuperar la reputación del hotel. Así que, ciertamente, no iban a avivar las cosas de nuevo para sacar a flote tal escándalo. Eso hubiera sido la ruina de este hotel. De modo que la charlatanería se vio acotada aquí y allá —agregó.

Myer se sorprendió de que no lo hubiera notado antes. Esa sensación de vacío entre los trabajadores. Ese ambiente casi nebuloso. Las miradas. Y ahora que lo pensaba, nunca había despedido a ningún invitado de allí, es decir, de la habitación 430. Siempre estuvo cerrada y eso lo pensó en frío.

—Pero lo que desconcierta, lo que es realmente extraño, es. —Rebecca se inclinó más cerca de Caroline apoyándose en la barra de madera de fresno—. Que muchos

limpiadores informaron que escucharon risas provenientes del interior de esa habitación después del incidente.

—Seguramente no creerás eso, ¿verdad? —preguntó Myer con una risita que mojaba su rostro—. Quiero decir, que suena como si algún chistoso hubiera soltado un montón de tonterías; rumores.

—¿Quién sabe? —Rebecca marcó una pauta en esta pregunta. Miró la hora y dijo—. Bueno, tengo que volver al trabajo. Nos vemos.

Y les devolvió la espalda a los dos.

Myer no era el tipo de persona que creería fácilmente cualquier tipo de rumores que escuchara, pero esta vez realmente estaba perdido. No podía pensar con claridad y se preguntó si los eventos de la noche anterior no eran más que un simple sueño. También podría ser que en su estado de embriaguez, lo hubiera imaginado. Myer no estaba seguro, pero en ese momento parecía la única explicación racional que tenía.

A pesar de que se había convencido a sí mismo de que lo había imaginado, todavía no pudo resistirse a ir a comprobarlo por sí mismo. Quizás un invitado de una habitación diferente se había “colado” allí.

Se alejó de la recepción después de despedirse de Caroline y subió las escaleras con premeditación. Y aunque el hotel disponía de dos ascensores dorados, prefería subir las escaleras para no encontrarse con nadie en el camino. Una vez que estuvo en el cuarto piso, pasó junto a las puertas de las otras suites en este rellano sin detenerse más que lo justo como para pasar sus yemas de los dedos por aquellas ásperas puertas, y se dirigió finalmente, al final del pasillo.

Vio la habitación; cuatrocientos treinta. Durante unos minutos no pudo convencerse de seguir con su particular aventura, dicho de otra forma, no se creía capaz de seguir adelante. Se quedó allí parado como una estatua y miró fijamente la puerta con los ojos ligeramente abultados. A pesar de que todas las puertas eran idénticas, sabía que esta era la que estaba al final del pasillo, por la que había entrado anoche.

Su obstinada creencia lo obligaba a pensar así.

Debió haber estado parado, inmóvil, quieto; delante de la puerta durante unos cinco minutos cuando finalmente dio un paso adelante y llamó a la puerta con sus nudillos, golpeando contra la superficie de madera. No hubo sonido. Ni un soplo de aire, ni un resuello, ni una pisada descalza, ni de un tacón. Nada que procediera de allí dentro. Entonces pensó que probablemente Caroline tenía razón en que nadie se hospedaba allí.

Se dio la vuelta y estaba a punto de irse cuando escuchó un ligero crujido cuando la puerta se abrió a sus espaldas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, desde las pelotas

hasta el cuello. Sintió como si algo opresivo e invisible le estuviera esperando al otro lado de esa puerta semi abierta.

Sí, no había ningún error, ahora estaba entreabierto. ¿Podría ser la mujer de nuevo? Tenía dolor de cabeza y estaba ligeramente conmocionado. Se frotó las sienes sin apartar la vista del hueco de la puerta.

Preguntándose asimismo, si empujó la puerta cuando sus pesados nudillos se hundieron en la madera. Con una mano extendida, casi inmóvil, hizo presión y terminó de abrir toda la puerta que no crujió más. Entonces, cuando el vacío de la suite lo embriagó, se animó a entrar en la habitación.

La habitación estaba muy limpia, con el sol trepando en ella y ordenada. La cama estaba hecha. No parecía una habitación que estuviera ocupada en ese momento. Pero ¿cómo se había abierto la puerta por sí sola si no hubiera sido la mujer? ¿Y por qué se abrió la puerta? Se suponía que todas las llaves estaban en la recepción.

Myer buscó por la habitación con premura de forma irracional. No sabía lo que estaba buscando, nada, literalmente cualquier cosa que pudiera probar la existencia de la mujer. Sin embargo, no pudo encontrar nada. Estaba a punto de salir de allí sin alguna esperanza. Supongo que todo no fue más que un sueño, pensó de nuevo. Pero era uno de esos sueños que no se olvidan fácilmente. Al salir de la habitación, escuchó un suave susurro detrás de él.

—Myer... Myer... —Era una mujer con una voz que tenía un toque melódico. Se dio la vuelta de nuevo, sus ojos estaban buscando la fuente del sonido, pero los susurros se apoderaron tan pronto de él como los escuchó aún sin saber la procedencia.

¿Se estaba volviendo loco? Sacudió la cabeza, pero casi saltó fuera de su piel cuando alguien gritó.

—¡Myer! —También detrás de él. Se dio la vuelta, descubriendo el rostro de la mujer. Su rostro estaba pálido.

Pero fue todo una confusión.

Era Sarah. Ella era otra empleada del hotel que trabajaba en el departamento de servicio de habitaciones.

—Oh, Sarah —dijo aliviado, agarrándose el pecho con unos dedos estrangulados—. ¿Qué puñetas estás haciendo aquí? Me has dado un susto de muerte.

—Bueno, te he llamado varias veces y no parecías estar en este mundo —se quejó Sarah—. Eso no es normal en ti, Myer —concluyó.

¿Podría ser que fuera su voz la que había escuchado antes, gritando su nombre? No. Él la habría reconocido de inmediato porque habían estado trabajando juntos durante años. Para ser más exactos, unos cinco años y siete meses.

—Estaba pensando en una tubería que parece gotear —acució Myer moviendo la cabeza. Su cuello hizo un extraño ruido—. ¿Por qué viniste a buscarme? —preguntó Myer, recuperando la compostura y enderezándose ya que estaba como casi encorvado.

—Bueno, yo limpio aquí. No te busqué —explicó ella, como si fuera lo más obvio del mundo—. He venido aquí porque uno de los invitados se quejó de que no había agua caliente por alguna razón. Por favor, compruébalo antes de que escriban una hoja de reclamación.

Después de esto, se dirigió a las suites para limpiarlas una tras otra, empujando un carro que chirriaba como una bisagra de un castillo medieval. La vio entrar en una de las habitaciones y él aprovechó para bajar el tramo de escaleras que le llevaban directo hacia las entrañas del hotel. Myer abrió la puerta del sótano y encendió el interruptor del rellano. Sin embargo, la luz no se encendió como esperaba. Lo encendió un par de veces, pero no sucedió nada.

—Maldita sea —maldijo Myer. La bombilla estaba apagada y probablemente tendría que cambiarla ahora. Myer cogió rápidamente su linterna de la habitación de invitados, subiendo de nuevo unas escaleras interminables y bajó las escaleras de nuevo como un idiota. Casi estaba en el lugar de la bombilla, cuando tropezó con algo y cayó por las escaleras rodando como una moneda de un dólar. Al final de la desescalada Myer gruñó de dolor mientras se levantaba y apuntó con la linterna a las escaleras para ver qué narices había en el suelo como para que lo hubiera hecho tropezar. Y lo vio. Había algo en las escaleras. Se acercó un poco más hasta que quedó claro en su campo de visión. La mano que sostenía la linterna tembló y también lo hizo su rayo al iluminar la mano recién cortada de una mujer, que esperaba laxa en un escalón.

Estaba cubierta de sangre y la misma también estaba coagulada en las uñas. El punto donde había sido separado del cuerpo todavía tenía sangre fresca saliendo de él. Casi a borbotones, o mejor dicho, en forma continuada. Myer se atragantó al verlo. Su corazón dio un martillazo y alguien remó en sus tripas. Se frotó los ojos y parpadeó repetidas veces.

Entonces ya no estaba.

Había desaparecido, así como así. Ahora realmente tenía dudas sobre su cordura, pero recordó que todavía no había empezado a beber.

Myer estaba conmocionado. Nunca había estado tan desconcertado como desconcentrado, ni siquiera estando borracho. Se dio la vuelta y fue a revisar la caldera,

que era tan grande como un camión porque la mole suministraba agua caliente a todo el hotel. Myer pensó que sería mejor que se ocupara de arreglarla si no quería recibir las quejas de sus jefes, y como no, de los huéspedes.

La caldera estaba resollando como cuando uno se va a morir.

No había olor a gas en la habitación. Eso era empezar con buen pie. Al menos no saldrían todos volando como un cohete si se le ocurría encenderse un jodido cigarrillo. Se acercó lentamente a la caldera y miró el panel de control, es decir, aquella placa base donde relucen todas las lucecitas de feria que indican tantas cosas que uno nunca se acuerda de ellas. Fue entonces cuando vio que el Led de control de gas estaba apagado, lo cual fue realmente extraño. Por lo general, cuando la caldera necesitaba reparación y ese ojo avizor no se iluminaba, era porque había escasez de gas en algún momento y el piloto se apagó por completo. Sin embargo, esto se hizo también, de forma intencionada estrangulando el paso del gas con el cierre de la llave. Ahora ya podría encender cualquier cosa. Dejó la linterna a un lado, sobre la caldera, en una de sus esquinas planas y sacó la caja de cerillas de su bolsillo.

En ese momento, Myer escuchó como si algo se moviera detrás de él y se dio la vuelta de forma alarmante. Como un muelle que vuelve a su estado original. No había nadie ni nada como una maldita rata en el suelo. Se regañó a sí mismo por ser tan paranoico y encendió una cerilla. Abrió la llave del gas y cuando estaba a punto de encenderlo fue cuando algo cayó sobre su mano, apagando la llama. Miró al techo para ver si había una posible fuga de agua, ya que algunas tuberías correteaban por el techo, pero no vio nada extraño. Myer encendió otra cerilla y esta vez la protegió con la mano izquierda haciendo un hueco. La caldera se encendió de forma instantánea, avivando primero una azulada y pequeña llama y después, en sus entrañas, un fuego que parecía provenir del mismo infierno. Cerró la tapadera de la válvula y la del panel de control.

Entonces sucedió de nuevo.

Justo cuando estaba a punto de alejarse de la caldera, sintió que algo le goteaba en la cabeza. Las gotas le caían por la frente. Myer se tocó la frente con las dos manos y se le humedecieron los dedos. Si n existía fugas de agua a simple vista, entonces, ¿de dónde venía? Movié su linterna y apuntó a sus dedos, que temblaron al ver el color rojo como los ojos abyectos de un lobo. Sus dedos estaban cubiertos de sangre y supuso, que también lo estaría su frente.

Fue entonces cuando, para su sorpresa, la luz de la sala se encendió, pero luego volvió a apagarse. El área se iluminó por un segundo, pero al momento todo se oscureció una vez más. Volvió a parpadear, como si alguien estuviera jugando con el interruptor, y al siguiente segundo, la habitación se ahogó una vez más en la oscuridad.

La siguiente vez que parpadeó y se encendió, Myer vio algo que lo asustó y se quedó paralizado por el miedo mientras los escalofríos recorrían el centro de sus huesos hasta verse reflatado en su piel. Toda la habitación estaba cubierta de sangre fresca. Las paredes estaban cubiertas de grandes salpicaduras de sangre como si hubiera habido una masacre recientemente aquí.

Y en todo este meollo, la vio.

En medio de la habitación... era donde estaba ella.

Estaba vestida con el mismo vestido blanco de la noche anterior, pero esta vez estaba manchado de sangre. Su garganta estaba cortada y había una lluvia de sangre saliendo de ella. Su cabello estaba despeinado y tenía una expresión salvaje y loca en su rostro. Ella ladeó la cabeza, lo miró y sonrió. Ya no se sentía atraído; estaba asustado mientras gritaba y corría hacia las escaleras. Los subió tan rápido como sus piernas pudieron y llegó a la cima gritando:

—¡Ayúdame! ¡Ayuda!

Estaba como loco con el corazón desbocado como un caballo y los ojos como bolas de billar. Se le había caído la linterna, rodando ésta de forma ruidosa.

Una vez arriba, después de trastabillar por todas las escaleras y cuando al fin llegó a la primera planta, se agachó con las sienes bombeando alcohol que le quemaba las venas.

Los criados y el personal que estaban cerca de él, se apresuraron a ayudarlo y le preguntaron qué le pasaba. Myer parecía que había envejecido diez años. Su cabello, mojado por el sudor, se le pegaba a la frente. Su ropa estaba desordenada y tenía una expresión loca en su rostro. Su respiración era irregular y le tomó un momento reunir las palabras.

—Hay al go mali gno ahí abajo —tartamudeó. En ese momento mostraba su rostro mortalmente pálido.

Todos se miraron unos a otros y luego a él para ver si era una broma, pero Myer hablaba en serio.

—¡Hay algo ahí abajo! ¡Mira!

Se había vuelto loco por unos instantes.

Levantó los dedos ensangrentados, que, para su sorpresa, ya no mostraban nada. Le temblaban las manos.

—¿Qué me está pasando? ¡No entiendo! ¡Es real, lo juro!

—Está bien, está bien, Myer, echaremos un vistazo a donde indiques —anunció George. Era un tipo grande de gran envergadura sobre todo en su trasero. Trabajaba en seguridad, pero su mórbido cuerpo no podría salir corriendo ni detrás de un caracol—.

Venid conmigo muchachos. Vamos a comprobarlo. —Señaló a sus hombres. Y después de esto, con los rostros enjutos; todos bajaron las escaleras para comprobarlo. La luz funcionaba bien, para disgusto de Myer.

Aquellos guardias estuvieron allí durante unos diez minutos, y después subieron las escaleras. Sacudieron la cabeza y dijeron casi a la vez:

—Nada.

Todos miraron a Myer con una expresión extraña en sus ojos.

—¿Estás seguro de que estás bien? —le preguntó Sarah, preocupada. Ella era una más del batallón de mujeres de limpieza. Lo había visto anteriormente de pie en el pasillo, sin hacer nada más que mirar fijamente una puerta—. No te veo muy bien que digamos. Mira lo pálido que estás. ¿Te encuentras bien? —repitió.

Myer se sintió enfermo de forma súbita, pero no porque no se sintiera bien realmente, sino porque estaba perdido, obstinado y ahora, furioso. Pero sintió pavor por los acontecimientos que se habían desarrollado ese día. Por todo lo que había visto en su realidad.

—Quizás deberías tomarte unos días de descanso, jefe —dijo Paul—. Está claro que podría ser que hayas trabajado demasiado, estos últimos días. Te mereces un descanso, hombre.

Paul era pelirrojo y estaba ataviado con un traje marrón y un cinturón desde la que colgaba una porra de medio metro como la lengua de un lagarto muerto.

Todos insistieron en que Myer se fuera a descansar un poco y le aseguraron que ellos se ocuparían de su trabajo mientras él se daba un descanso merecido. Sus cabezas que balanceaban como sujetas en unos muelles, daban fe de ello.

Entonces, Myer, todavía temblando y con la mirada inquieta, volvió arriba a su "hogar". Nunca había hecho eso durante el día, y por ese motivo, fue un regreso inesperado tanto para su esposa como para sus hijas. Cuando entró por la puerta, sus hijas estaban allí garabateando en trozos de papel. Ellas le clavaron la mirada como estacas en el pecho de un vampiro. Sus ojos blancuzcos y acariciando el áspero aire de las habitaciones. Se habían asustado literalmente, al verlo de repente con aquella mueca en su rostro, pero Myer estaba demasiado conmocionado como para notarlo.

Sin un saludo, ni siquiera una palabra, se dirigió al dormitorio y se acostó en su cama dejándose caer como quien se tira de espaldas en un acantilado. Con los brazos abiertos. Comenzó a ver los eventos en su mente y estaba horrorizado por lo real que se había sido. Sin embargo, cuando los guardias de seguridad fueron allí para comprobar qué había sucedido, no encontraron nada, y ese recordatorio le afligía todavía más. ¿Será que en realidad me estoy volviendo loco? Esta fue la pregunta que se hizo Myer

pensando.

Su esposa entró en la habitación, con el rostro de estar algo preocupada por él, sobre todo cuando lo vio en la cama luciendo un rostro pálido y enfermo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Berta, casi titubeante—. Normalmente, no vienes a esta hora.

—Sí, eso es verdad. Hay que trabajar duro en este jodido hotel para manteneros a flote pendejas, pero no me encontraba bien, así que me aconsejaron que me tomara la libertad de descansar unos días por enfermedad —le informó Myer, olvidándose de hablar con su habitual tono grave y áspero.

¡Estaba demasiado asustado como para hacer ni siquiera eso!

—¿Quieres desayunar con nosotras entonces? —le preguntó su esposa, esperando de una vez para siempre, que pudieran sentarse y disfrutar de una comida en familia.

—No tengo ganas de comer —dijo, y se dio la vuelta, cerrando los ojos, tratando de bloquear todo lo que volvía a él. En su interior más macabro. Su mente. Sus recuerdos. Berta lo miró preocupada durante unos minutos y luego salió de la habitación, cerrando silenciosamente la puerta al salir. Una puerta de menos de dos pulgadas de espesor.

Myer volvió a pensar en la mujer. ¿Quién era ella?

Abajo, sin que él lo supiera, la gente había comenzado a hablar. No todos los días ocurría un incidente como ese y de ninguna manera si sucedía entre el personal, éstos lo olvidarían tan fácilmente. Esta situación había plantado la semilla para encontrar tiempo para los chismorreos. Myer había sido el actor principal de una gran escena y había llamado la atención del personal, la gerencia e incluso un par de invitados, quienes definitivamente, en el futuro, lo mencionarían cuando se les preguntara por su experiencia vivida en el hotel.

—¿Crees que Myer está pasando por un trauma? —le preguntó Sarah a Rebecca mientras colocaban nuevas cortinas en una suite en el segundo piso.

—No lo sé. Yo no estaba en esa película —rezongó Rebecca, poniendo un anillo alrededor de la barandilla.

—Yo fui testigo de todo —aseguró Sarah con orgullo, como si fuera un logro de algún tipo como saltar más alto o conseguir volar como un pájaro.

—Causó bastante revuelo, es decir, interés. Eso fue lo que escuché —dijo Rebecca, absorta en lo que estaba haciendo.

—Era casi como si estuviera mentalmente inestable —continuó Sarah y la miró—. Myer mencionaba algo sobre una presencia maligna en el sótano.

Esa fue la primera vez que Rebecca miró hacia arriba.

—¿Qué más dijo? —preguntó.

—Bueno, eso es todo lo que dijo, y fue suficiente para todos pensáramos que podría haberse vuelto un poco loco por unos momentos —se rió Sarah—. ¡Menos mal que no dijo nada más!

—Me pregunto qué de verdad habrá en todo esto —murmuró Rebecca, mirando por la ventana al cielo despejado.

Al día siguiente, cuando Myer llegó al trabajo, todos los demás lo miraron de manera divertida, es decir, con risas de payaso de feria. Myer no se había tomado más de un día de descanso. Dondequiera que iba sentía las miradas ardientes de la gente sobre él, y esas mismas miradas que le lamían no eran de bondad o preocupación, sino que eran como si lo consideraran un absoluto loco. Incluso el propio Myer no estaba seguro de si ese era realmente el caso, ya que no servía de nada recordar y recordar, y no reconocer su cordura.

Trató de hacer todas sus tareas con la mayor normalidad posible y esperaba que algo así no volviera a suceder. Porque si lo hiciera, la gente estaría mirándole de nuevo, pero esta vez con unos dedos señalándole como a un perturbado mental. Alguien que pierde los estribos y que mentalmente no está bien. Eso sería lo peor de todo. Que te traten de chalado. Y eso, repercutiría en su currículum, su trabajo, su residencia, su familia y todo un pasado que podría salir disparado de la proa de un barco que está zozobrando en la altamar.

Todo por una visión.

5

Por suerte para Myer, no sucedió nada extraño al día siguiente, por lo que estaba agradecido por ello. Una noche de pasión se había convertido en una cruel pesadilla, pensó. Y además, de hecho, estaba acariciando la idea de si había estado borracho cuando estaba arreglando la caldera el día anterior. Todo parecía normal ahora y eso, le permitía sentirse algo liberado, ya que las cosas parecían que podrían seré como eran.

Esa noche se reunió con Paul y Will como era costumbre al final de la jornada laboral. Habían llevado las botellas de vodka al almacén en lugar de al sótano, porque Myer todavía no tenía los nervios templados como para bajar allí de nuevo; todavía. Empezó a beber mucho, porque quería alejar de su mente toda la tensión de los últimos días. Estaba tan borracho que no sabía dónde estaba. Y sus piernas parecían elevarse en el aire de nuevo. Ahora, si tendría los cojones de bajar a la caldera.

—Entonces, ¿qué sucedió ese día, jefe? —le preguntó Paul. A diferencia de él, su compañero estaba ligeramente borracho.

—¿Qué día? —preguntó Myer un tanto adormilado.

—Ese día en el sótano —intentó recordarle Will—. Todo el mundo ha estado hablando de eso, ¿sabes? Sobre cómo llegaste corriendo y dijiste todo tipo de locuras y cosas absurdas.

—Oh. ¡Ese día! —exclamó Myer borracho. Sus ojos brillaban como si estuviera llorando. Nada más lejos de la realidad. Estaba con los ojos abyectos y enrojecidos por la borrachera que lo ayudaba a olvidarse del mundo.

—Sí. ¿Qué viste exactamente? —le preguntó Paul una vez más.

—Había sangre —dijo Myer de repente, volviéndose algo molesto—. Mucha, mucha sangre.

Will y Paul se intercambiaron una mirada sonriendo como imbéciles...

—Y ella estaba allí —añadió dijo Myer, tomando otro trago de su botella—. Esa desagradable, desagradable mujer.

—Pero no encontraron a nadie allí —acució Will, reflexionando sobre sus palabras—. Seguramente debiste haberlo imaginado, ¿no?

—Oh, no —dijo Myer, enojándose de repente—. Ella está jugando, ya ves. Solo conmigo.

Ni Will ni Paul comprendieron nada.

Myer se quedó en silencio de repente, como perdido en un pensamiento profundo de esos en los que te arrastran hasta el vacío del cosmos. Sus compañeros no sabían si dijo eso solo porque estaba borracho, o si realmente lo decía en serio. Lo que si era cierto es que una vez más, Myer estaba demasiado borracho como para llegar a su habitación por su propio pie, así que ambos lo ayudaron a ponerse de pie y lo acompañaron todo el camino hacia su casa-suite. Lo dejaron en manos de su esposa literalmente como un trapo mojado, diciéndole que había bebido demasiado esa noche. Ella lo ayudó a acostarse y lo tapó con las sábanas para que no sintiera frío. En unos minutos ya estaba roncando. Siempre dormía profundamente cuando estaba demasiado borracho.

Siempre.

Aunque Myer estaba dormido, todavía se sentía incómodo. Sintió una cierta tensión en su cuello y algo siguió tirando de su cuello mientras dormía. Quizás se había quedado atrapado en las sábanas, dijo algo más profundo de su mente. Si, debe ser eso. Pero notó un extraño tirón en su cuello, como si alguien lo sujetara rodeándole la laringe. Irritado por las incómodas sensaciones, Myer abrió los ojos. Y vio que él estaba en la cama. No en la suya, pero era una habitación que le resultaba demasiado familiar.

Demasiado.

Entonces lo recordó. Era la habitación que había visitado hacía solo un par de

noches. La habitación del cuarto piso. La habitación donde había visto a la mujer misteriosa, la mujer con la que había hecho el amor, la que lo perseguía. De repente, se sintió abrumado por el miedo. ¿Cómo diablos, he llegado aquí? Se preguntó.

Myer estaba tan asustado que los latidos de su corazón eran audibles para él y sintió como si su corazón saltara de su pecho en cualquier momento. Corrió hacia la puerta apresuradamente, pero por alguna razón no ésta no se abría. ¿Podría ser que estuviera cerrada por fuera? Golpeó la puerta y gritó:

—¡Ayuda! ¡AYUADAME! —Tan fuerte como pudo, pero sus gritos fueron succionados por las paredes en el olvido.

De repente escuchó una suave risa detrás de él. Temblando de miedo o quizá, de pánico, se dio la vuelta, pero allí no había nadie. Sin embargo, sintió la presencia de alguien. Comenzó a luchar con el pomo de la puerta una vez más, empujando con todo su peso sobre la áspera madera.

—Oh, Myer —dijo la misma voz de ese día en un tono triste. Miró alrededor de la habitación con miedo e inmediatamente, la misma se llenó con el sonido de la risa. Las paredes respondieron con un eco una y otra vez. Hubo momentos en los que escuchó múltiples voces y Myer se cubrió la cabeza con sus amplias manos para bloquear los sonidos. Seguía sin poder abrir la puerta, así que se acurrucó en un rincón, con la cabeza entre las rodillas, tratando de no prestar atención a los sonidos.

Cosa imposible.

—Está solo en mi cabeza. Está en mi cabeza —se repetía a sí mismo. La risa comenzó a desvanecerse, y pronto le embriagó el sonido del silencio. Ahora todo lo que tenía que hacer era escapar de aquella jodida habitación. Le sorprendió que nadie que se hospedaba en esa planta, la cuarta, escuchara sus gritos de ayuda. Levantó la cabeza y descubrió que había alguien en la ventana. Era la mujer de nuevo. Ella miraba hacia afuera, sus delicadas manos descansando sobre el cristal de la ventana y el cabello jugando con la brisa de un temporal.

Su adrenalina se aceleró cuando ella se dio la vuelta. Estaba tan hermosa como siempre y ahora, ya no sentía miedo, sino atracción de nuevo. Myer estaba realmente agradecido de que no apareciera en la horrible forma que tenía antes. Ella le sonrió, pero esta vez, su sonrisa tenía un significado diferente. Era una sonrisa malvada y peligrosa. Entonces, de repente abrió la boca, los lados de sus mejillas comenzaron a deformarse. Myer dio un paso atrás y vio con horror que toda la boca se cortaba drásticamente desde la mejilla izquierda a la derecha. Había un corte y la mitad de su rostro era algo así como un gran espacio negro hueco y furibundo.

Los dientes que estaban dentro, destellaban, rechinaban y se partían en trozos. La

mujer inclinó la cabeza y se escuchó un crujido de huesos, que no se detuvo. Su cuerpo se sacudió una y otra vez y comenzó a deformarse aún más. Con cada sacudida, sus huesos crujían, emitiendo un sonido horrible.

Sus miembros se alargaron y se retorcieron, al igual que su espalda. Ella pronunció sonidos inhumanos mientras su estatura se deformaba anormalmente. Los sonidos eran una mezcla de varias voces mezcladas de dolor. Sus brazos eran tan largos ahora que se arrastraban por el suelo ante ella. Sus delicadas manos ahora estaban deformadas en algo que se asemejaba a garras gigantes de las que sobresalían largas uñas. Esta no era una mujer. Esto era otra cosa.

Los ojos de Myer se agrandaron como globos y los pelos de su nuca se erizaron como un puercoespín. Un trozo de piel de gallina laminó su piel. Su cerebro se había apagado, extenuado. Estaba húmedo por la espalda helada y tenía un sudor frío en la frente. Inhalaba y exhalaba, pero el aire no entraba en sus pulmones. Hambriento de aire, su corazón se aceleraba a tremendas velocidades y sus pulmones subían y bajaban superficialmente a tiempo para no desmayarse. Se quedó putrefacto durante lo que pareció una eternidad, pero en realidad solo fueron cinco minutos, hasta que la bruja se apresuró hacia adelante, chillando a todo pulmón, con su mano larga y deformada lista para atacar. Todo se oscureció después de eso.

¿Fue este el final?

La oscuridad se apoderó de sus ojos.

Cuando Myer abrió los ojos, estaba en la cama, en su propio dormitorio. Lanzó un suspiro de alivio. Entonces descubrió que todo había sido un sueño. Tenía la garganta reseca de sed, pero estaba sudando copiosamente. Le palpitaba la cabeza con un fuerte dolor que le atravesaba el cráneo y también sentía un poco de frío. Escuchó el sonido de la vajilla y al minuto siguiente apareció su esposa con un plato de sopa humeando con sus halos de vapor que se enredaban hacia ninguna parte.

—Myer, estás despierto —dijo Berta mientras colocaba el plato de sopa en la mesita junto a la cama.

Myer miró el reloj y jadeó:

—¡Me quedé dormido! ¿Por qué no me despertaste? Eres una inútil. Sus formas no eran las más adecuadas y la cordura debía ponderar sobre la locura.

—Lo habría hecho, pero tú no estabas aquí —dijo en voz baja.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa que no estaba aquí? —inquirió Myer, confundido.

—No estabas en casa —dijo Berta—. Me desperté y no estabas en la cama. Entonces salí en busca tuya con la ayuda de tus compañeros.

—¿Y quién eres tú para buscarme?

—Tú esposa.

Los acontecimientos de la noche anterior pasaron por la cabeza de Myer como una película y se estremeció de solo pensar en ellos.

—¿Dónde estaba yo?

Esta vez su voz no sonó como un trueno.

—Te encontraron desmayado en una habitación del cuarto piso, es decir, de la cuarta planta —explicó Berta moviendo la cabeza como una peonza—. Cuando te trajeron tenías fiebre y estabas delirando. ¿Qué estabas haciendo allí?

Él miró casi sorprendido.

—No, no lo sé —se excusó, porque dudaba de todo lo que veía ahora. No sabía qué era real y qué no. Le sucedieron cosas como si hubiera tenido unas crueles pesadillas, y por otro lado, ahora, podría estar soñando. Tuvo la repentina idea de preguntar cosas.

Cosas que parecerían locuras, pero no lo hizo.

Lo que realmente pensó es que ahora necesitaba ayuda psicológica.

—Están diciendo cosas sobre ti, ya sabes —dijo Berta, desviando la mirada hacia un lado de la pared. La misma que separa el mundo real de lo irreal—. Dicen que te estás volviendo loco y que no estás apto para trabajar. Si no tienes cuidado, es posible que nos digan que hagamos las maletas y nos vayamos de aquí para siempre. Eso es lo que dicen. Ya sabes.

Sonrió.

—Lo sé, lo sé —acució, impotente. Simplemente no podía entender qué estaba pasando o qué podía hacer al respecto—. Necesito ir a trabajar. Necesitamos este hogar de mierda, pero nos sirve. Myer estaba casi suplicando por una vez en su vida. Era otro Myer.

Cambiado.

Su esposa lo conocía bien y era consciente de que él no la escucharía aunque intentara evitar que saliera de casa. De la habitación. Se levantó y se encaminó hacia la puerta en dos pasos. Después, bajó las escaleras.

Myer estaba preocupado. Su cara era un drama, y lo peor de todo es que sabía que le sería difícil administrar las cosas en el hotel debido a sus 'problemas' entre comillas. Si no reanudaba sus funciones de forma natural, y haciendo bien las cosas, era probable que lo reemplazaran. Y en sus pensamientos, añadió: No es probable, es peor que eso, es seguro. Su corazón se contrajo bajo su pecho con un fuerte dolor.

Recordaba cosas.

Muy malas.

Cuando bajó a la recepción, donde solían llegar los invitados para apoyarse en el mostrador con sus estúpidas sonrisas de gentes de poder y dinero, vio una cara nueva. No era raro, siempre había caras nuevas, pero ésta parecía de alguien que busca trabajo, o quizá, ya lo había encontrado, porque sostenía entre sus manos un traje idéntico al resto de trabajadores.

¿Lo habían reemplazado ya?

¿Se veía asimismo?

6

—¿Y quién es éste? —le preguntó Myer a Caroline en voz baja.

—El asistente de alguien —le contestó—. Su jefe acaba de entrar. Está arriba. Imagino a que le estará esperando.

Myer sintió el alivio correr a través de él cuando dijo:

—Oh.

Estaba equivocado, y ahora, ya sabía que estaba en la realidad.

Después, vio a Will caminando hacia él. Se enderezó como un abrigo arrugado y le preguntó:

—¿Qué sucede hoy?

—Me enviaron para decirte que necesitan verte en la oficina —le dijo Will. Eso no le parecía nada bueno. Su sangre se heló de nuevo.

—Estaré allí en un minuto —dijo Myer intentando enderezar sus nervios. Y pensó que su destino estaba a punto de decidirse ese día. Hoy.

Fue a la oficina, que estaba en un rincón apartado de la planta baja. El director ejecutivo del hotel estaba allí, esperándole sentado y con un gran puro humeando como una chimenea. El aire era empalagoso. Myer no lo veía mucho últimamente y solo había hablado con él unas cuantas veces, aunque escuchó que era un hombre estricto que no soportaba la más mínima negligencia por parte de nadie y siempre hacía hincapié en que todos daban lo mejor de sí mismos en su prestigioso hotel. Myer había sido empleado desde hacía mucho tiempo, y hasta ahora, no recordaba haber causado ningún problema.

Pensó en usar ese as de la manga si las cosas se ponían feas.

Llamó suavemente a la puerta golpeando de la oficina con sus nudillos y escuchó la voz del jefe que decía:

—Adelante —desde el otro extremo invisible. La voz había sido una especie de sonido amortiguado, pero áspera.

Myer entró en la oficina y se quedó con los brazos colgados a ambos lados de su cuerpo, hasta que el gran jefe, en ese momento, hizo un gesto para que tomara asiento.

Myer se aclaró la garganta y preguntó:

—Me informaron de que necesitabas hablar conmigo.

Aquello sonó casi soberbio por su parte.

Un grave error.

—Sí, sí, claro que te llamé —dijo Kane, quitándose las gafas. El puro siguió atrapado en sus labios. Era un anciano de tez muy clara, tan clara que parecía casi roja. Su cabello era todo blanco y no se podía ver ni una sola mancha oscura en ninguna parte de la cabeza, lo que implicaba que era mayor de lo que su rostro lo hacía parecer.

—Aquí estoy. —Ahora Myer parecía algo nervioso.

—He visto su informe de progreso durante la semana pasada, y parece que hay algún tipo de problema —le informó gentilmente.

—Sí, señor, pero puedo asegurarle que estoy trabajando en ello —esbozó Myer, rezando porque no supiera todos los detalles de los acontecimientos.

—Estos informes no manifiestan negligencia alguna; sin embargo, me han informado de que hay algunos... eh... problemas psicológicos con usted —dijo Kane, observando su reacción.

Myer sabía que discutir era inútil, así que dijo:

—Sí, señor. Ha habido mucho... estrés últimamente. Es solo eso. No me sucede nada más.

—Usted ha estado sirviendo al hotel con sus excelentes servicios durante cinco años. Si hay algún problema, cualquier ayuda financiera o médica que necesite, no dude en hacérselo saber a la junta directiva —dijo Kane.

Myer pasó de estar tenso a sentirse aliviado.

—Gracias, señor —dijo Myer, sorprendido de encontrarlo tan razonable—. ¡Le estoy plenamente agradecido por su ayuda! —casi gritó de emoción.

Al salir del despacho, Kane lo despidió con un ademán y Myer hizo lo mismo sintiéndose mejor. Ahora, sabía que al menos su trabajo estaba seguro... por ahora. Se dirigió al ascensor y al entrar en el habitáculo pulsó el botón del tercer piso, donde se suponía que debía ayudar a la empleada de un hombre de negocios a planificar su horario para los próximos días mientras su marido se ocupaba de sus asuntos comerciales en la ciudad. Ese trabajo no pertinente a él, pero lo tenía que hacer. Al fin y al cabo un conserje estaba para todo.

Cuando el ascensor se disparó hacia arriba en un súbito impulso, Myer apartó los dedos del teclado en un acto inconsciente.

Pensó en su negatividad y en todo lo que estaba sucediendo. El jodido ascensor volaba hacia arriba como un cohete hasta que se detuvo de repente. Su cuerpo se sacudió entre las pequeñas paredes del ascensor.

¿Qué estaba sucediendo otra vez? ¿Y si en realidad se estaba volviendo loco y esas alucinaciones volvían a aparecer?

El ascensor se sacudió como un perro en dos golpes secos. No había nadie en el ascensor más que él. Ahora, se había detenido definitivamente. Las luces del interior empezaron a parpadear y por un momento Myer tuvo miedo de que se apagaran. Estaría atrapado ahí dentro hasta que el ascensor fuera reparado quizá dos o tres horas más tarde: y no quería eso ni loco. No le habría importado esperar si fuera otro día, pero las cosas ya estaban mal desde el principio que vio a su reina. Myer se preguntó si alguien le había embrujado debido a la mala racha y la mala suerte que estaba atravesando esos días. En ese momento, como si las cosas no estuvieran peor, escuchó una risa familiar.

—¡No, no, no, no, otra vez no! —exclamó a viva voz y presionó los botones una y otra vez, pero el ascensor no se movió. Las luces parpadeaban. Estaban encendidas y apagadas. Sintió un aliento caliente en su cuello y se dio la vuelta. El ascensor seguía vacío, así que se dio una palmada en la cabeza.

—¡Deja de lado las alucinaciones Myer! —gritó a pleno pulmón—. ¡No es real!

Pero si lo era.

Todo.

Las luces se apagaron una vez más y el ascensor quedó completamente a oscuras: como la boca de un lobo babeante, pensó. Pero afortunadamente, esa oscuridad duró poco. Las luces se encendieron una vez más hasta hastiar y suspiró aliviado, pero vio algo.

Aquella suntuosa mujer estaba allí dentro, totalmente deformada, como la última vez que la vio. Lo estaba mirando con unos ojos blancuzcos y gruñía.

—¡No me dejen solo por favor! —gritó Myer como si allí fuera alguien lo estuviera escuchando. Cerró los ojos y se tapó los oídos con ambas manos. Ella, o esa cosa, seguía estando ahí, y Myer pudo pensar que quizá no era real porque no le había hecho daño ni antes ni ahora.

Por lo tanto, se convenció de que no era real.

Y supo con certeza que estaba delirando, quizá en buena parte por su alcoholismo.

No dejaba de repetirse esto, pero cuando abrió los ojos, su rostro destrozado estaba justo frente a él. Era su misma cara. Gritó a todo pulmón cuando el ascensor se llenó de ecos y de voces demoníacas. Trató de empujar a la cosa, pero en cambio lo que empujó

fue el aire y su cuerpo se estrelló contra el costado del ascensor. Gruñó de dolor y trató de levantarse, pero la cosa lo lanzó al otro extremo del ascensor y se golpeó la cabeza.

Esta vez sí, era corpórea y tenía masa.

La primera vez que lo había atacado.

Myer sintió que la sangre caliente y ardiendo le corría por la frente, en lugar del sudor. Abrió los ojos y vio que el ascensor estaba completamente vacío. Esa cosa se había ido de nuevo.

Su locura estaba a punto de estallar como un globo.

—¿Ves Myer? Todo estaba en tu cabeza —murmuró para sí mismo. Ahora sabía que si cerraba los ojos e ignoraba todo, las alucinaciones desaparecerían. Las luces seguían atenuándose de vez en cuando; mucho tiempo después no había ni rastro del equipo de reparación que acudiera en su ayuda. Su dilema seguía ahí, estaba atascado en algo pantanoso. Algo goteó sobre su cabeza y miró hacia arriba.

¡De repente, el techo del ascensor comenzó a gotear sangre!

Como una lluvia de otoño.

Y se sintió cubierto de un líquido sedoso y dulce.

7

La sangre se derramó sobre él como la lluvia y salpicó el piso del ascensor en cantidades enormes; tan exageradas como unos riachuelos. De repente, Myer estaba jadeando, tratando de respirar sin que la sangre entrara en su boca y su cavidad nasal. El ascensor estaba inundado de sangre y el nivel de la misma amenazaba con superar su cuello.

—¡Ayuda! —gritó, tratando de evitar tragar aquella sangre que en el fondo tenía un sabor tan dulce como acaramelado. En su intento de mantener su cabeza a flote tuvo la ridícula certeza de que su cuerpo olía a sangre.

Golpeó las puertas del ascensor con toda la furia del mundo, que en esos momentos bien parecía poca, y el metal resonó bajo sus puños. Myer estaba luchando por permanecer sobre el nivel de la sangre y era especialmente difícil ahora que ya le llegaba a la boca en el momento que su coronilla tocaba el techo. El ascensor se había convertido en su propia pecera. Sus brazos y piernas estaban tensos por el movimiento vigoroso y constante.

—¡Oh, Dios mío! —gritó una vez más, mientras fluía más sangre sobre él. Estaba extenuado hasta la muerte y apenas podía aguantar a flote, por ello se hundió abajo. Hacia su perdición. Como un pez muerto. Myer cerró los ojos para que la sangre

desagradable no entrara en ellos. Frunció la boca y contuvo la respiración.

¿Pero por cuánto tiempo?

Pronto se quedó sin aire y comenzó a jadear y ahogarse mientras sus pulmones gritaban. Lo extraño fue la sensación de que alguien lo sacudía vigorosamente desde algún lado.

—¡Myer! —escuchó a alguien gritar su nombre.

—¡No! ¡NO OIRÉ NADA DE ESO! —gritó, tapándose los oídos en un inútil intento de bloquear la voz. Había sacado su boca a flote retorciéndose el cuello hacia atrás.

—¡Myer, escúchame! ¡¡Soy yo, George !!! —escuchó esa voz salvadora gritar en sus oídos.

Abrió los ojos y vio el rostro preocupado de George. Detrás de él, estaba el técnico de mantenimiento y el equipo de guardia de seguridad. También había curiosos alrededor.

—¿Estás bien? —preguntó George una vez más.

Estaba cogiéndolo por la solapa de la camisa

—Es la sangre —casi balbucía. Casi tartamudeaba. No pudo decir nada más mientras miraba a su alrededor frenéticamente con los ojos desencajados. No había ni una sola gota de sangre en ninguna parte.

George tiró hacia él.

—Oh, sí, parece que tienes una herida en la cabeza —observó—. Debes de haberte golpeado cuando el ascensor se estremeció. —No había sido la palabra correcta. Era como si él y el propio ascensor se entendieran muy bien.

—Sí, me duele un poco —jadeó Myer y se miró sus manos de nuevo.

No había más que una gota de sangre.

—Hombre, realmente nos has dado un susto de muerte Myer —dijo Paul—. No sabíamos que eras claustrofóbico.

¿Claustrofobia?

Recordó su estado de ansiedad precedente justo cuando lo encontraron. Agarrándose la cabeza, ahogándose y jadeando en busca de aire, así que, por supuesto, supusieron que era claustrofóbico. Myer los miró a todos y logró esbozar una débil sonrisa. Lo ayudaron a ponerse de pie ya que estaba en el suelo sentado y, aunque todavía estaba agitado, trató de caminar con paso firme para que nadie sospechara que algo extraño le estaba pasando.

—Tendrás que curarte esa herida —dijo George detrás de él. Su voz sonó

estruendosa a pesar de no haber gritado.

—Lo haré —lo tranquilizó Myer y comenzó a caminar de nuevo. Esta vez, sin tambaleos.

Después, en la sala de curas auxiliares.

Mientras le vendaban la herida, Myer pensó en el incidente que había tenido lugar dentro del ascensor. Si fuera real, no había forma de que los demás no lo hubieran visto. ¡Fue imposible! Pero si no era real, eso significaba que todos tenían razón, y él era el que estaba loco. Casi se estaba volviendo loco con la idea de si se estaba volviendo loco o no. Demasiadas veces repetida esa palabra pensó. Si hubiera alguna forma de probarlo de una vez para siempre, se aclararían muchas cosas. En ese momento, surgió una idea en su mente y su rostro se iluminó como una cerilla. Sabía exactamente lo que tenía que hacer.

—Gracias —dijo cuándo Bryan acabó de sellarle la herida. Se puso de pie y salió de la sala. Y se pasó la mayor parte del día caminando en los recónditos lugares del hotel como una rata en busca de queso, pero al final se había dado cuenta de que estaba realizando su trabajo diario sin más.

Una vez que terminó con la mayor parte de su trabajo, vagó por los pasillos de nuevo, pensando si debía dejar contar "su secreto" a alguien, pero sabía que no podía confiar en que nadie pensara que estaba mentalmente desorientado por decirlo de alguna manera más sutil. Pero quizás Rebecca pueda ayudar. Se acercó a ella durante la hora del almuerzo y le pidió un favor.

—Depende —dijo, mientras mordía su bollo—. ¿Qué tipo de favor necesitas que te haga?

—Necesito que me consigas la tarjeta de acceso del departamento de seguridad —dijo.

Rebecca estaba a punto de morder el bollo con una dentadura tan blanca como el sol. Tenía la boca abierta y a la vez que se detuvo, dijo:

—¿Qué? —rezongó como si fuera lo más absurdo que había escuchado en su vida y que tal vez se hubiera equivocado.

—Oh, vamos, me escuchaste bien —dijo Myer.

—¿Estás loco? —dijo Ella—. ¿Por qué necesitarías hacer eso? ¿Qué hiciste? ¿Qué prueba o vídeo, tienes que borrar?

—No es nada de eso, te lo prometo —acució Myer—. Solo necesito entender algunas cosas. Nada más.

Rebecca pareció desconcertada.

El bollo cerca de su boca.

—No lo sé. No sé si puedo hacerlo. —Ella parecía reacia.

—Te pagaré si me ayudas —Myer, de alguna manera, trató de sobornarla con dinero, lo que sorprendentemente funcionó.

—Trato hecho —dijo ella mientras mordía el bollo.

—Intenta conseguirlo esta noche —ordenó Myer. Y en el fondo, su corazón y su mente, hablaron; tenía miedo de que pudiera pasar algo más.

—Nos vemos en la instalación de almacenamiento después del final de la jornada —dijo Rebecca.

—¿Qué?

Myer estaba agradecido, pero no entendió muy bien aquella frase tan técnica o inusual para su escaso lenguaje. Tras esto le dio la espalda a Rebecca y se marchó por donde vino, casi deslizando los zapatos sobre las alfombras que parecían haberse convertido en pistas de hielo.

Myer pasó el resto del día inquieto. Temeroso. Asustado. También estaba demasiado ansioso por beber; las cosas ya estaban lo suficientemente confusas ahora como para ver nubes con las cervezas y el vodka. Myer no estaba seguro de lo que era real y lo que ya no lo era. Por eso tenía que asegurarse de si todo había sido solo una parte de su imaginación o si realmente era real. No pudo decidir cuál de ellos era peor.

Excusándose de Will y Paul, Myer se dirigió a la "instalación de almacenamiento" tal cual había escuchado y esperó allí algo de tiempo a que llegara Rebecca. Debió haber estado esperando unos diez minutos cuando escuchó un sonido en la distancia.

Giró bruscamente la cabeza hacia la dirección del sonido. El sonido provenía de una instalación que almacenaba principalmente alimentos y bebidas. Es decir, era el congelador sin número en su puerta que algún imbécil tuvo la ocurrencia de construirlo junto a la sala de vigilancia y no al resto de cámaras frigoríficas. Subió el ceño derecho y vio que la puerta estaba abierta. Myer se frotó los ojos y volvió a mirarlo. Quizás la persona que lo había usado por última vez no lo había cerrado correctamente. Se acercó y escuchó sollozos que venían del interior.

Abrió la puerta por completo y miró dentro. Además de las enormes pilas de suministros, había alguien acurrucado en un rincón, sollozando. Era una niña; de esto estaba seguro.

—Oye —la llamó. Ella levantó la cabeza y lo miró, y sus ojos se agrandaron de miedo. La niña vestía un vestido blanco y se puso de rodillas. Sus ojos eran azules y sus cabellos dorados llegaban justo por encima de sus hombros. Su rostro parecía vagamente familiar cuando la miró. La niña estaba asustada y se escondió detrás de las pilas de suministros, desapareciendo de su vista. Esas pilas de suministros consistían en

un apilamiento de cajas de pescado y carne a partes iguales.

—Oye, niña —gritó esta vez Myer. No podía dejar que ella se quedara allí, y pensó; ¡Ella se moriría de frío!

Entonces, entró al interior del congelador y fue hacia donde se escondía la niña. Cuando pasó por encima de los suministros en el camino—una caja de pescado—, y fue al lugar donde se suponía que estaba la niña, vio que no había nadie allí. Fue en ese momento cuando Myer oyó cerrarse la puerta del frigorífico en un golpe estanco y poderoso.

Se volvió bruscamente y fue inmediatamente a la puerta. Corriendo. Empezó a golpearlo por miedo a que alguien lo hubiera cerrado pensando que lo había dejado abierto por error.

—¡¡¡Socorro!!! —gritó a viva voz Myer hasta desgañitarse y golpeó la puerta, pero no hubo ningún sonido desde afuera. Ninguna respuesta. Era como revivir el episodio del ascensor mientras su corazón se aceleró como un caballo desbocado. Él también estaba comenzando a sentir el escalofrío, a medida que su cuerpo se enfriaba cada vez más.

¿Cómo se cerró la puerta por sí sola y también se bloqueó al mismo tiempo?

Eso, era sencillamente muy poco probable que fuera un sueño o quien sabe; real.

Golpeó quién sabe cuánto tiempo largo y tendido hasta que sus fuerzas lo abandonaban y sus gritos se ahogaban en el frío. Y ahora, sus extremidades inferiores, es decir, sus piernas, comenzaban a sentirse entumecidas. Temía morir congelado allí. Myer solo estaba dejando escapar débiles gritos de ayuda ahora.

Y entonces lo vio todo negro una vez más.

Pero de repente sucedió de nuevo.

—¿Myer? —Escuchó la voz de Rebecca desde afuera.

—¡Sí Rebecca! ¡Estoy aquí! ¡Ayuda! —gritó, agradecido de haber sido encontrado. Empezó a reírse como un loco.

La puerta se abrió inmediatamente y Rebecca se quedó mirándole con ojos acusadores, perpleja mientras veía a Myer temblar dentro.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí dentro, Myer?

—¡Alguien me encerró! —exclamó, saliendo del congelador. Su cuerpo temblaba de frío. El tiriteo sonaba a un tintineo de huesos.

—¿Qué quieres decir con que alguien te encerró? La puerta estaba abierta —le informó Rebecca, mirándolo como si fuera la persona más extravagante del mundo.

Myer abrió la boca para decir algo, pero luego suspiró y dijo:

—No importa. No importa. ¿Hiciste lo que te pedí?

Estaba refugiándose en el calor del pasillo con los brazos cruzados. Sus ojos parecían

tener una espesa tela blanca delante de ellos. Probablemente era la escarcha del hielo.

—Sí. ¿Por qué crees que estoy aquí? —dijo ella, mientras sacaba la tarjeta de acceso y se la mostraba. Myer haciendo acopio de sus fuerzas extendió la mano y la alcanzó, pero ella se la llevó a la espalda y dijo.

—Los tratos no se hacen así. Primero tienes que pagar.

Myer sacó su billetera no con mucha soltura y colocó un par de billetes en su palma como si fueran cartas de naipes.

—Esto debería ser suficiente, ¿verdad?

Ella le entregó la tarjeta de acceso y dijo:

—Bueno, esto es otra cosa. Si quieres algo ya sabes que estoy fuera. No vi ni escuché nada, y no tengo absolutamente ningún conocimiento sobre lo que vas a hacer con eso. Vas a ser el único responsable de tus actos, así que ten cuidado.

Myer le sonrió.

Ya entraba en calor.

Ella se dio la vuelta y se alejó un poco como la sombra alargada que muestra la luna. Él se apresuró a entrar en la estancia mirando una vez más el frigorífico. Se dirigió al departamento de seguridad. Myer pasó la tarjeta y fue aceptado porque la luz verde se encendió como un ojo avizor.

Por lo general, solo había un par de vigilantes en el turno de noche, que monitoreaban todos los circuitos cerrados de televisión en caso de cualquier actividad sospechosa que pudiera ocurrir. Si se veía algo fuera de lo común, se alertaba a todo el equipo de inmediato para que tomara más medidas de seguridad si hacía falta, y cabía mencionar que todo se grababa en discos duros.

Myer entró silenciosamente por la puerta que se abrió como una boca gigante y caminó de puntillas hacia donde estaba la unidad de control del sistema CCTV. Las pantallas mostraban distintos ángulos del hotel, incluida la cuarta planta y los monitores proyectaban la luz mezquina de una luna menguante. De pronto escuchó a alguien hablar desde la parte de atrás y miró a los dos hombres que estaban de servicio, los cuales estaban parados cerca de la máquina de café, charlando. Y Myer entendió que esa era su oportunidad, probablemente la única.

Rebecca se había evaporado al final del pasillo.

Se acercó a los ordenadores que estaban funcionando y se asentó dejándose caer como una hoja perenne. Frente a él estaban las pantallas del circuito cerrado de

televisión de todo el hotel, mirándole como ojos acusadores. Extendió la mano y haciendo uso de los recuerdos empezó a teclear. Después movió el ratón. Como un mago de la informática abrió la carpeta donde se guardaba el registro de las grabaciones y dentro de ella, había subcarpetas. Las imágenes de ese día ya se habían exportado a éste, porque era casi medianoche.

Abrió la carpeta y buscó la del ascensor. Todas las carpetas estaban marcadas con una fecha y hora. Era difícil equivocarse. Dudaba de que alguien prestara mucha atención a la pantalla que se comía el ascensor. No se había reportado ningún crimen en el hotel en mucho tiempo. Incluso un pequeño hurto, por lo que pensó que pocas veces prestaban atención a todo lo grabado.

Myer abrió las imágenes de forma aleatoria y éstas volaron como dardos hasta que se vio a sí mismo entrando en el ascensor. Lo vio detenerse con una sacudida frenética y luego se vio a sí mismo agarrándose la cabeza y diciendo algo. Recordó las voces de antes. En el monitor no se escuchaba lo que decía. Entonces, se vio a sí mismo golpeando contra el costado del ascensor, pero era diferente de lo que recordaba. ¡Myer estaba corriendo hacia los lados del ascensor! Y todo esto de forma voluntaria. No había ningún ente enfrente de él que lo sacudiera como a un trapo. Nada maligno estaba presente allí que le hiciera eso.

Luego se vio a sí mismo agitando los brazos en el aire vacío, como si intentara nadar en el espacio reducido. Todo parecía realmente absurdo cuando lo miró. Eso debía haber sido de cuando estaba tratando de no ahogarse en esa sangre pútrida, pensó y su corazón parecía latir despacio.

Demasiado despacio...

Finalmente, se vio a sí mismo ahogándose y jadeando, sin aliento. Lo único que faltaba era la sangre. Entonces George y los demás acudieron en su ayuda. Myer estaba estupefacto. Se dio cuenta de que todo había estado en su cabeza. De hecho, ya tenía la certeza de que un trastorno mental se había instaurado en su cabeza que le hacía ver cosas que no eran reales en absoluto. Después de reflexionar un poco, borró la parte del metraje del ascensor para que nadie pudiera calificarlo de loco. Si esto saliera a la luz, nadie podría garantizar su trabajo.

Myer salió de la sala de control, temiendo que los hombres regresaran pronto. Dejó la tarjeta de acceso adentro para que el propietario pensara que la había dejado allí por error. Su cabeza estaba llena de pensamientos depresivos y negativos. Myer no podía creer que en realidad estuviera perdiendo la cordura. No sabía quién podría ayudarlo a salir de estas poderosas alucinaciones.

Pasó junto al ascensor y sintió un escalofrío al mirarlo. No se subiría en él ni "loco".

En lugar de eso, si lo haría tramo tras tramo en las escaleras en lugar de volver a utilizar el invento elevador. Myer siempre tendría que trabajarse bien el concepto del ascensor. Era ya pasada la medianoche, así que pensó que debería irse a casa y acostarse lo más pronto posible. Había sido un día largo y agotador con una excepción de investigación y un descubrimiento que lo había hundido.

Estaba en las escaleras del segundo piso cuando escuchó un traqueteo detrás de él. ¡Una figura extraña corría frenéticamente por las escaleras hacia él! El cabello de su piel helada se erizó de miedo cuando Myer miró fijamente la cara de la figura. ¡No tenía rostro! Era solo una forma y se acercaba a él a una velocidad inhumana.

A pesar de saber que era una ilusión, Myer empezó a correr escaleras arriba, tropezando y temiendo por su vida. Su corazón bombeó más sangre de la habitual para resistir su euforia y presionó sobre sus piernas para que fueran tan rápidas como pudieran llevarlo al final del túnel en el que estaba metido. Mientras tanto, la figura se le acercaba. Después de eso, Myer no miró hacia atrás y simplemente subió y subió las escaleras hasta que estuvo casi en el piso de los empleados. Miró hacia atrás. ¡LA FIGURA ESTABA CASI SOBRE ÉL! Podía escuchar los sonidos que producían las náuseas que sentía. Eran ruidos secos. Myer chocó contra una pared de ladrillos y la golpeó con tanta fuerza que se cayó.

Había estado tan ocupado mirando hacia atrás con miedo que no se dio cuenta de la pared. ¿Pero qué muro? No se suponía que hubiera un muro aquí. Myer miró hacia arriba y vio que estaba allí, como una estaca en un gallinero. Después, miró detrás de él y no vio la forma inhumana por ningún lado. Se había ido, así como así. Su nariz sangraba por el fuerte impacto que tuvo contra la pared de ladrillos. Bueno, una pared de ladrillos ficticia e imaginaria. ¿Era posible que algo imaginario pudiera herirlo?

El dolor era real.

Su esposa se alarmó de forma considerable cuando abrió la puerta y vio su nariz ensangrentada, pero él negó con la cabeza y murmuró:

—No preguntes.

Ella sabía callar y lo hizo. Una vez dentro le limpió la sangre y le trajo hielo. Cuando Myer se sintió algo mejor, se fue a la cama. A pesar de que se sentía muy alterado, todavía no podía dejar de dormir. A fin de cuentas el dolor se había mitigado y poco a poco, se había conformado con su tesis de locura atemporal.

Pero no todo acabó ahí.

A altas horas de la noche, la manta se deslizó sobre el cuerpo de Myer y de repente sintió frío y abrió los ojos. Escuchó el sonido del agua corriendo; venía del baño. Se levantó y caminó hacia el mismo. El grifo del lavabo estaba abierto. Murmurando, "perra

inútil” en voz baja, extendió la mano hacia adelante para cerrarlo, pero luego vio algo que lo sacó de su estado de sueño y lo despertó completamente. En lugar de agua, salía sangre del grifo. Se frotó los ojos. Una vez. Dos veces. Luego, se dio una bofetada a sí mismo para salir disparado de allí. Pero era sangre y seguía siendo sangre. Presa del pánico, cerró el grifo, pero la sangre no dejaba de salir a borbotones.

Giró el grifo frenéticamente, una y otra vez, pero fue en vano. Myer entonces se dijo a sí mismo que no era real y salió del baño, pero cuando lo hizo, vio una silueta detrás de la cortina. Era inconfundible que alguien estuviera parado detrás de él. ¿Era esa figura de antes? ¿O esa mujer? ¿O ese demonio deformado? No lo sabía y no quería saberlo. Enfrentar o refrendar estas cosas no le había hecho ningún bien antes, así que se fue a la cama una vez más ignorándolo todo, dentro de su locura que parecía inevitable. Sin embargo, se quedó mirando la silueta, que volvió la cabeza hacia la cama mientras Myer se echaba de espaldas. Miró a su esposa y por una vez se alegró de que ella estuviera allí en la habitación con él.

Myer cerró los ojos, esperando que la silueta desapareciera y no le molestara más.

—Myer —escuchó. Era una voz seductora y melódica. La misma voz de siempre. La de su reina de una noche de pasión. Le estaba llamando una vez más y otra—. Myer.

Abrió los ojos; su corazón latía más fuerte ahora. Myer vio que la silueta había desaparecido y exhaló un suspiro de alivio. Finalmente, pensó que podía dormir un poco más tranquilo ahora. Su esposa se agitó, probablemente perturbada por sus movimientos. Se volvió para preguntarle si pasaba algo, o eso suponía Myer. Cuando la miró, vio que era esa mujer. Ella le sonrió, mostrando sus dientes blancos.

—Myer. ¿qué te sucede?

Pareció horrorizado al encontrarla en su cama en el lugar de su esposa. Myer gritó y se levantó de la cama inmediatamente, corriendo hacia la habitación de sus hijas. Cargó contra la puerta de un golpe abriéndose esta y la cerró con llave. El ruido las despertó, por supuesto, se sentaron en sus camas y le preguntaron qué pasaba.

—¿Qué sucede papá?

—¡Nada!

La mujer estaba golpeando la puerta gritando:

—¡Déjame entrar, déjame entrar!—

—Deja entrar a mamá, papá —suplicó la mayor.

—Aléjate de tu madre. Algo maligno se ha apoderado ahora mismo —dijo en un susurro.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué papá? —le preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Él no respondió.

—Papá. —Myer escuchó un susurro seductor detrás de él y se dio la vuelta para ver que la mujer estaba parada frente a él en el lugar de su hija. Ella se mordió el labio inferior y gimió:

—Oh, papi.

Myer estaba horrorizado. No sabía lo que estaba pasando y no tenía la menor idea de qué era real o no o quién era quién; ni sabía qué hacer.

Su otra hija desapareció.

Abrió la puerta, empujando a su esposa en el momento de salir de allí como una bala y escapó del compartimento, es decir, de su hogar. Tan rápido como pudo, bajó las escaleras de dos en dos. Myer nunca había pensado que volvería al sótano de nuevo, especialmente no en la oscuridad de la noche. Necesitaba algo de allí, y había tomado la decisión de terminar con esto ahora de una vez para siempre. Una vez en el lugar Myer cogió unas cuantas botellas de combustible, tantas como pudo llevar y algunas cajas de cerillas. Después de eso, volvió a subir las escaleras; hacia ese miserable lugar donde todo había comenzado.

Estaba acabado. Ya había tenido suficiente de esto. Era la oscuridad de la noche lo que le volvía loco; todo el hotel estaba en silencio mientras silenciosamente se dirigía al cuarto piso. Caminó por el pasillo y, como esperaba, la encontró clavada allí, al final, la malvada encarnación del mismísimo diablo le estaba esperando.

Ella se volvió y le sonrió, un aura peligrosa emanaba de ella. Luego entró en la habitación y la puerta se cerró detrás de ella. Myer no lo pensó dos veces antes de entrar también. Había tomado una decisión.

Cuando estuvo en la habitación, vio a la mujer. Destapó la tapa de la botella, que había traído consigo, y la roció por todos lados. Ella comenzó a reírse tortuosamente, y Myer lo esparció todo sobre la cama, en cada elemento de la habitación. Ella no lo detuvo, pero lo miró, divertida, como si fuera alguien que estuviera superando sus expectativas.

Sembró el piso con el combustible y salió por el pasillo, rociándolo en todas las puertas que esperaban tías como árboles en un bosque en pleno invierno. Había dejado un rastro tembloroso y cuando todos los pisos estuvieron rociados, regresó de nuevo al cuarto piso y encendió una cerilla que sofocó un sonido salvador a los oídos de Myer. Susurró una disculpa triste a todos los que conocía y le suplicó a Dios que lo perdonara por lo que estaba a punto de hacer; pero no tenía otra opción. Era la única forma que podía deshacerse de ella.

La gasolina se incendió en un momento.

Y entonces gritó:

—¡Toma a esto maldita! —mientras las llamas rodeaban a la mujer. Ella sonrió de forma malévola y desapareció ante sus ojos. Uno por uno, todos los pisos fueron atrapados bajo un incendio alarmante. Aquellos cuyo camino estaba despejado evacuaron el edificio inmediatamente, pero los que quedaron atrapados dentro se convirtieron en las víctimas del incendio y nadie pudo rescatarlos a tiempo. Todo se volvió brillante y oscuro a la vez. Unos corrían y otros gritaban de dolor con las manos en alto. El caos reinaba ante sus ojos desorbitados como los de un verdadero loco y perverso asesino.

Myer, por otro lado, todavía estaba en la habitación cuatrocientos treinta. Estaba rodeado de fuego, pero no tenía miedo. Su objetivo era acabar con todo esa misma noche y haría exactamente eso. No entró en pánico cuando las llamas lo rodearon, y voluntariamente sucumbió a ellas. Era su forma de deshacerse de todo lo que había estado sucediendo.

Los bomberos llegaron tan pronto como pudieron y abrieron sus grandes mangueras de agua sobre el fuego. Después, todo vino solo. Tras un largo y excesivo tiempo, consiguieron apagar el incendio masivo, pero ya era demasiado tarde. Las pérdidas humanas eran escalofriantes y todo el hotel se redujo a un siniestro total derrumbado y devastado por el mismísimo infierno.

Will y Paul se salvaron porque sus estancias estaban en la parte Este del hotel y hacia el exterior. Sus rostros enjutos no podían ver lo que estaba sucediendo.

Ahora todo eran cenizas y una lluvia negra.

Nadie sabía que había sido obra de Myer por supuesto. Ni siquiera su mujer y sus hijas que también se salvaron al salir corriendo de su estancia de la planta baja. Echaron de menos a Myer, pero aceptaron que quizá murió en su lucha por salvar vidas.

Solo quizás.

El resultado mientras el sol nacía en las montañas rocosas, era un auténtico desastre. Los primeros rayos del sol mostraban el horror de una guerra, de una destrucción, de un incendio, y se quedaron allí clavadas en el suelo esperando el regreso de Myer saliendo de las ruinas y maquillando una estúpida sonrisa en su cara, pero eso no sucedió.

El acontecimiento fue especializado por la prensa por una gran explosión en la caldera, y ahí entraba Myer, el conserje. Entre las ruinas mucho tiempo después, los nuevos dueños del terreno que tenían la intención de levantar de nuevo el hotel, encontraron una fotografía enmarcada que brillaba bronceada. En la fotografía había mucha gente riendo a la cámara y en el centro estaba él y ella.

Myer y su diosa.

Ambos están riendo.

9

Treinta años después, cuando el hotel hubo sido reconstruido, alguien enorme en su estatura, envergadura y con gafas de montura de hueso, se hospedó allí fuera de la campaña de turistas y paseó detenidamente durante una noche por sus largos pasillos cubiertos por una alfombra roja con octágonos amarillos, mientras se imaginaba la estructura de una novela en la que debutaría si las fuerzas del bien le amaban.

La novela se tituló "insólito esplendor" y volcó en ella toda su experiencia como padre e ideó un personaje central, un conserje llamado Jack.

Y no vio a la diosa rubia con vestido rojo nunca.

FIN

Nota del autor

Es difícil escribir un buen thriller o novela de terror y repetir el éxito que se pudo obtener con alguno de ellos, pero he aquí que estoy de nuevo en el intento. Si te ha gustado la obra me interesaría conocer tu opinión. Ya sabes cómo hacerlo...



Biografía de Claudio

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspense y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "El hombre del láudano", "Aquel frío invierno", "Fin de cordura", "Pido perdón", "Solemn La Hora", "La mujer del Secreto", "El hombre que caminaba solo", "El asesino del año Boreal", "Lifey", "Una cura", "AGUA", "El misterio de Balth" y "Confidencias de un Dios". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año. Hay más años. Muchos más.